

Regalo de Navidad



REGALO DE NAVIDAD

ESPERANZA O PAZ

M & M

Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Registrado en Safe Creative.

Autoras: Bea Melworren y Marisa Maverick

Edición: Diciembre 2018.

«REGALO DE NAVIDAD»

Con **REGALO DE NAVIDAD** queremos agradecer vuestra fidelidad durante todo este año; por ello, qué mejor manera que regalaros los relatos *Paz* (Bea Melworren) y *Esperanza* (Marisa Maverick), los cuales forman parte de la antología «Destinos escritos».

Deseamos que esta lectura os haga pasar un buen rato y os anime a seguir descubriendo qué más podemos ofrecer os a través de nuestras letras, que es mucho y variado.

Feliz Navidad y un próspero 2019

ESPERANZA



Marisa Maverick

Parte I

*Nunca se da tanto como
cuando se dan esperanzas.*

(Anónimo)

Ya había pasado un día y a Paula aún no se le iba de la mente la imagen de aquella mujer pidiendo limosna a las puertas del centro comercial. Una persona más de las muchas que deambulaban por las atestadas calles.

Corrían malos tiempos, cierto, para todo y para todos, incluida ella. Aunque sus problemas no eran económicos, como el de la... «*Vaya, que se me ha quedado grabada su cara...*».

Curioso, no sabría decir si se trataba de una mujer joven o no, ya que iba muy arropada y tenía la mirada clavada en el suelo, solo hubo un segundo en el que sí atisbó su rostro y le pareció vislumbrar un dolor profundo y sincero. Le dio un billete de diez euros, depositándolo sobre la palma de su mano; ¿por qué su generosidad? Quizás por tratarse de fechas navideñas; quizás porque estaba acompañada... ¿Nora se llamaba?, le parecía que sí. No, nada de todo eso. Simplemente percibió verdad en sus palabras, que fueron pocas y un tanto

ininteligibles las últimas. Simplemente..., sintió ese impulso y lo siguió.

A Nora la conoció en la interminable cola de personas que esperaban para pagar las compras en una de las cajas. La dependienta atendía con gesto serio, muy tensa. Y no era para menos: cobraba, hablaba por megafonía... Un no parar. Seguro que sus jefes estaban encantados con esa trabajadora. Y cómo charlaba la otra mujer, por Dios. ¡Casi le cuenta su vida entera...! Incluso la abordó cuando ya se iba, para seguir con su perorata, hasta que llegaron a la salida y vieron a la mendiga suplicando por algunos céntimos.

Y allí se separaron sus caminos.

Esa tarde, cuando llegó a su casa, la recibió de nuevo el silencio de su hogar. Bueno, llamarlo «hogar» era un eufemismo. Mejor definirlo como un espacio frío que ella habitaba y en el que intentaba que la llegada de cada nuevo día la ayudara a superar la ausencia de *él*. Al que, después de casi tres semanas, echaba en falta de forma agónica; físicamente dolorosa. Mentalmente enloquecedor.

—Buenos días, señora. ¿Ha descansado bien?

Este era el saludo de su asistenta, Cecilia, cada mañana. Una emigrante ecuatoriana de cerca de sesenta años, que con mucho esfuerzo y trabajo consiguió traerse al resto de su familia: marido y tres hijos. Aunque Paula le había dicho en infinidad de ocasiones que no la hablara de usted, no hubo manera. «Es una cuestión de educación y respeto», contestaba siempre Cecilia, inamovible en su convicción, pero sin afectar esa formalidad al cariño que la profesaba y que era recíproco. Aunque a veces, ella misma se saltaba la norma autoimpuesta y la trataba como si fuera otra más de sus hijos.

—Regular, Cecilia, regular —le respondió con voz desgana.

—¿Se tomó la infusión que le dije, antes de acostarse? —quiso saber, preocupada. La veía muy pálida y ojerosa, seguro que con algo menos de peso.

—Sí. La preparé tal como me dijiste —confirmó, sentándose a la mesa—. Pero es llegar la madrugada y...

Cecilia sabía a lo que se refería: un insomnio que no la dejaba volver a

conciliar el sueño y de cuya causa hacía días que no le hablaba para no perturbarla más.

Le sirvió su desayuno habitual: café solo, dos tostadas con mantequilla y zumo de naranja. Era media mañana ya, últimamente se levantaba tardísimo, así que la hora de la comida también se retrasaba. Paula le había insistido en que se marchara a su casa a la hora de siempre, es decir, a las tres de la tarde; pero Cecilia sabía por el mal momento que su señora pasaba y quería asegurarse de que comía en condiciones, así que esperaba a que terminara antes de irse.

—¿Qué tal te fue ayer? ¿Pudiste hacer todas tus compras? —preguntó mientras untaba el pan y le daba un sorbo al caliente café. Le gustaba el aroma que desprendía e inundaba la amplia cocina.

—Sí, señora. Todos los regalos comprados y los ingredientes para la cena de mañana. Aunque la mayoría ya los tenía congelados. Por el precio, ya sabe lo que ocurre los últimos días...

Paula asintió con la cabeza. La cena de mañana... Nochebuena...

No pudo seguir comiendo, un nudo en el estómago amenazaba con hacerle vomitar lo poco ingerido. Apartó la taza y el plato con el resto de la tostada, el zumo ni lo había tocado aún, y se levantó. Se dirigió a la ventana y observó el patio trasero. Las hojas secas tapizaban el suelo, arremolinándose la mayoría en una esquina a consecuencia del viento; alguna que otra planta necesitaba ser regada, pero es que... no tenía ganas de nada. Solo de dormir y dormir..., y despertar en otro lugar, en otro tiempo...

Cecilia la miró de reojo, lamentando su infortunio. Cortó las verduras, que ya estaban lavadas, y las echó en la olla a presión.

—¿Por qué no se viene mañana a mi casa, con mi familia? Sabe que estarán encantados. —Paula se giró hacia ella, conmovida por su propuesta—. No es una fecha para pasarla sola. Anímese.

Por un momento creyó que le respondería que sí, por la sonrisa que le dedicaba; sin embargo, la conocía bien y sabía de antemano cuál sería su

respuesta.

—Ya sé que me acogeríais con los brazos abiertos. Pero necesito pasar esto yo sola. Por eso no he querido irme a Zaragoza, sabes que mi hermana me ha insistido mucho. No, no soy buena compañía ahora.

Sus palabras estaban llenas de afecto y agradecimiento por su invitación. Pero era cierto, su actual estado de ánimo estaba por los suelos, y más en fechas navideñas donde todo es alegría y festejo con los seres queridos. No quería amargarle la noche a su hermana, por mucho que la echara de menos y deseara tener en sus brazos a su pequeño sobrino de apenas tres meses. Ella era su única familia, ya que sus padres fallecieron en un accidente de coche hacía algunos años, y no había más parientes, salvo alguno tan lejano que ni el recuerdo quedaba.

Cecilia no ignoraba que era inútil insistir, cuando decía que no...

—Al menos déjeme que le prepare algo especial para cenar. Que no sea como otra noche más —le propuso, animosa.

Paula negó con la cabeza. Se acercó a la mesa y le dio un par de sorbos al zumo; luego recogió todo y lo depositó en el fregadero. Se acercó a ella y le pasó el brazo por los hombros.

—Eso solo lo empeoraría, Cecilia. De verdad, estaré bien. —Le dio un beso en la sien—. Y cuando termines con esto te vas a tu casa, y sin protestar —añadió al ver el amago de ella de querer contradecirla—. Bueno, voy a cambiarme, quedé con Bego para comer.

—Está bien, como quiera. Por cierto, llamaron para confirmar la cita de esta tarde para la peluquería.

Paula, que salía de la cocina, se paró en seco.

—Por Dios, me olvidé de la dichosa cita. —Se tocó el informal recogido que llevaba. «¿*Qué hago, voy?*»—. Gracias, Cecilia, llamaré para cancelarla. Total, ¿para qué...?

La aludida negó con la cabeza, disconforme con su decisión. Se secó las manos en un paño y fue tras los pasos de Paula. No lo iba a dejar estar.

—¿Para qué?... —Recogió Cecilia la pregunta lanzada al aire—. Para seguir viviendo. Para estar guapa, porque no hay que abandonarse. Porque cuando... ¡Por Dios!, niña, eres una mujer joven con mucha vida por delante.

Paula la miró con los ojos anegados, comprendía sus palabras de ánimo. Cogió el cinturón de su bata y apretó más el nudo. Sabía que cuando la llamaba «niña» significaba que estaba disgustada o no conforme con algo. La verdad era que en los años que llevaba trabajando en su casa parecía que, en ocasiones, se convertían en madre e hija. Siempre dándole acertados consejos; siempre leal a ella y a... No podía ni decir su nombre.

—No pienso ir a la peluquería —la desafió como si fuera una colegiala enfurruñada.

Cecilia se cruzó de brazos y sonrió.

—Perfecto. Le dejaré preparado algo para cenar mañana. Y punto —remató, dándose la vuelta y entrando de nuevo en la cocina—. Y no quiero oír una protesta, *niña*.

—Pues no me lo comeré —dijo en un intento de no darse por vencida, ahora como si de verdad fuera esa colegiala enfurruñada y, además, descerebrada.

Paula no podía verle la cara, pero intuía que una sonrisa socarrona la iluminaba. No dijo nada más, sabía que no la haría cambiar de parecer. Así que reanudó el camino hacia la planta superior de la vivienda, a su dormitorio.

Al entrar, la luz lo inundaba todo, otorgando un calor que contradecía el frío del exterior. Predominaban los tonos claros y la decoración era sencilla y funcional. Un espacio amplio en el que se habían amado, mucho. Un nuevo ataque de angustia amenazó con quebrarla...

Se quitó la bata y la arrojó sobre la cama. La preciosa bata burdeos de seda que él le regaló por su último cumpleaños. El día que... todo... se...

«No, no voy a recrearme en mi pena».

Entró en el baño y se terminó de desnudar. El amplio armario de puertas de

espejo le devolvió su reflejo: una mujer de cuarenta años, aunque no los aparentaba; pelo largo y ondulado, castaño. Rostro armonioso, ojos marrones y cejas bien definidas; labios no muy carnosos. A pesar de que había perdido algún kilo en las últimas semanas, aún le sobraban cinco o seis, según su crítico ojo; el pecho, generoso; al igual que las caderas...

No se sentía contenta con su figura, esa batalla particular que no se terminaba nunca de ganar. Su altura era poco más del metro sesenta... Siempre acomplejada por no ser más atractiva, más despampanante. Se veía como una mujer normal y corriente, así se definía ella; tan distinta a *él*...

Lanzó un profundo suspiro y se metió en la ducha, dejando que el agua caliente la relajara o, al menos, deseando que así fuera. Su mente se empecinaba en traerle recuerdos abrasadores de momentos vividos bajo esa templada lluvia, contra esos azulejos que parecían querer rechazarla ahora y que sentía tan fríos. Por un momento, percibió el tacto anhelante y deseado de sus manos, tan fuertes y varoniles; cómo recorrían su cuerpo. El esculpido pecho al que ella se pegaba... Aferrándose a sus hombros mientras *él*...

El irritante pitido del móvil la hizo abrir los ojos y volver a la cruda y desoladora realidad: soledad.

Rápidamente salió de la ducha, se puso el albornoz y cogió de la encimera de mármol su iPhone. Tenía una llamada perdida y más de diez mensajes, y seguía recibiendo otro. Negó con la cabeza. «*Qué mujer, por Dios*». Abrió la aplicación y le mandó un wasap.

Hola, pesada. Estaba en la ducha.

Vio en la pantalla que su amiga contestaba, así que esperó a que terminara de escribir. Mientras, leyó sus anteriores mensajes.

¡Y yo qué sé! ¿Cómo estás, maña?

Paula sonrió, sentada ahora en un taburete y tecleando su respuesta.

Bueno, estoy. No he olvidado la cita, que conste.

Por si acaso. Ya sabes, en El Soportal.

No podía molestarse con la insistencia de su amiga. Al contrario, le agradecía sus esfuerzos por distraerla, pero ese bar estaría hasta los topes.

¿Por qué no quedamos en otro sitio más tranquilo?

Al momento recibió las caritas de dos emoticonos: la primera, muda; la segunda, de enfado. Estaba todo dicho. Miró el reloj de la pared y calculó el tiempo que le llevaría arreglarse y demás.

Entendido. Nos vemos en hora y media, más o menos.

Perfecto. Y si tardas, empiezo sin ti

—Vaya una excusa para tomarte una cerveza —expresó como si la tuviera delante.

Qué novedad, chula. Nos vemos.

Bss.

Venga, hasta luego

Antes de dejar el teléfono, volvió a revisar si había más mensajes o llamadas: nada.

Siguiendo su acostumbrado ritual se cepilló los dientes, aplicó una base de maquillaje...

Media hora más tarde, bajó las escaleras con el abrigo y el bolso en una mano y varias bolsas decoradas con motivos navideños en la otra. Se paró en el último escalón, buscando con la mirada a Cecilia y la vio entrar, rápidamente, por las amplias puertas corredizas de cristal del salón, que daban paso al jardín.

—¡Qué frío! —se quejó, con un leve estremecimiento la asistenta.

—A quién se le ocurre salir... y tan desabrigada —la amonestó suavemente, dejando lo que portaba sobre uno de los sillones.

Cecilia la observó: pantalón burdeos de pana, jersey de cuello alto negro y botines de igual color; el pelo recogido en una coleta. Elegante pero demasiado sobria para su gusto.

—Está muy guapa, señora —la alabó. Se alegraba de que saliera a comer con su amiga, la haría pasar un rato distraída. Bueno, conocía a Bego y seguro que «el rato» sería de unas cuantas horas.

—Tú siempre me ves bien, gracias —contestó, sonriéndola.

—Porque es la verdad. Quizás yo me hubiera puesto unos pendientes más... grandes. En fin, es cuestión de gustos —remató con un gesto de la mano, quitándole importancia.

—En eso sí que no coincidimos. No me gustan las cosas exageradas, prefiero la discreción.

—Lo sé, pero tanta..., niña —apostilló, rindiéndose.

—Te vas ya, ¿verdad? —le preguntó, cambiando de tema.

—Termino un par de cosas y me marchó.

Paula asintió con la cabeza. Cogió las cinco bolsas que reposaban en el sillón y, yendo hacia Cecilia, se las entregó.

—Espero que pases unos felices días con tu familia —le dijo con cariño—. Ojalá que os guste. Tu paquete lleva un extra —le adelantó, guiñándole el ojo.

—Señora, no... —Un nudo en la garganta no la dejaba hablar. Conocía su generosidad y sabía a lo que se refería con ese «extra».

Cogió los paquetes, que pesaban, y los dejó sobre la amplia mesa rectangular que tenía a su derecha.

—Niña... —Dio un paso adelante y la abrazó con fuerza. Meciéndola contra su pecho.

A Cecilia, desde que pisó suelo español, nadie la había querido y cuidado tanto como la mujer que ahora tenía entre sus brazos. Ayudándola en todo el proceso de solicitud de reagrupación familiar, poniendo a su servicio un abogado para que se encargara de todo el trámite con celeridad. Negándose a cobrarle nada y, encima, echándole una mano para encontrar un piso que se adecuara a su nueva situación. Y lo más importante: animándola durante todo el proceso. Por eso, y por más cosas, la quería como a una hija.

—Niña... Escúchame...

—No tienes que decir nada —la cortó Paula, apenas separándose de ella y limpiándose una lágrima—. Sabes que te queremos. —Enseguida se dio cuenta de lo que acababa de decir, de que hablaba en plural y, con gran congoja, rectificó—: Que te quiero mucho.

Cecilia le cogió las manos, envolviéndolas entre las suyas.

—Escúchame. ¿Sabes, realmente, qué mueve el mundo? ¿Qué mueve el corazón de las personas?... La esperanza.

Paula la miraba con total atención. Sintiendo el calor de sus ásperas manos y la tibieza de sus palabras. La de una mujer con unos estudios básicos, muy elementales, pero con un conocimiento de la vida que no se aprendía en ninguna universidad; una sabiduría natural, innata, de la que ella intentaba

empaparse.

—Niña. La esperanza es la clave de todo. La que nos ayuda a seguir día a día. La que mantiene viva la ilusión, porque sin ilusiones estamos vacíos. Sé lo que estás sufriendo, ¿crees que no lo veo? —Paula bajó la mirada, a punto de echarse a llorar—. Pero tienes que ser fuerte, mi niña, porque yo sé que lo eres. Y tienes que serlo por ti... y por él.

Paula se soltó de sus manos y la abrazó con fuerza.

—¿Y de dónde la saco yo? —musitó con un hilo de voz.

Cecilia cogió un pañuelo del bolsillo de su bata y secó con cuidado el rostro de su *señora*.

—De aquí. —Puso la mano sobre su pecho—. Del corazón. Ten esperanza... o fe, como quieras llamarlo, y te sorprenderás. ¡Créeme!, se obrará el milagro y tus deseos se harán realidad.

—Pero... —la interrumpió, sorprendida por su vehemencia.

—Hazme caso. ¿Cuándo me he equivocado o te he dado un mal consejo, di?

Intentó hacer memoria, pero no era necesario. Tenía razón, sus palabras siempre fueron acertadas, así como sus recomendaciones. Sin embargo, esta insistencia de ella...

—¿Acaso tú...?

—Chiss, nada —afirmó veloz Cecilia—. Esperanza, ese es el secreto. Y mil gracias por todo esto —dijo señalando los regalos—, gracias de corazón. Y váyase ya, si no quiere encontrar a su amiga al borde de un coma etílico —la apremió, abandonando el tuteo y disimulando la emoción que le volvía la voz temblorosa y le hacía derramar algunas lágrimas.

Paula soltó una carcajada nerviosa. Sentía que sus palabras de ánimo, de alguna forma, la reconfortaban.

—La pobre, vaya fama —comentó—. Por un par de cañas...

—Sí, pero que se le suben enseguida a la cabeza. —Le devolvió el beso que ella le daba en la mejilla con otros dos bien sonoros—. Feliz Navidad, mi

niña.

—Feliz Navidad, amiga.

Parte II

*La amistad es un alma que habita en dos cuerpos;
un corazón que habita en dos almas.*
(Aristóteles, 384 a. C. - 322 a. C.)

Llegar a la Plaza Mayor se convirtió en todo un desafío, más al ser víspera de Nochebuena. Esa zona de Madrid se colapsaba de turistas y lugareños atraídos por el famoso mercadillo navideño.

Había dejado su Fiat 500, rojo, en un aparcamiento subterráneo privado y, desde allí, anduvo hasta el lugar de encuentro. Le gustaba pasear por esas viejas calles tan llenas de encanto. Bajar por Postas, desviarse a la derecha y enfilarse por la castiza calle de la Sal; curiosear los escaparates, pocos, de añejas tiendas con modernos productos expuestos; traspasar el arco de piedra y dejarse envolver por la majestuosidad de la plaza. Siempre le producía las mismas sensaciones: admiración y sobrecogimiento.

Giró a la izquierda, llegaba un poco tarde y esperaba que no se cumpliera el vaticinio de Cecilia. A pocos metros se encontraba la puerta del restaurante El Soportal.

Hacía un frío seco, tenía la sensación de que se le había congelado la punta de la nariz; así que abrir la puerta del establecimiento y ser recibida por una ola de calor, fue de lo más reconfortante.

Como presuponía: lleno a reventar. Una vez en el interior, se detuvo y echó un vistazo, buscándola. Una mano agitándose por encima de algunas cabezas, a

mitad de la barra, le indicó dónde se encontraba.

Bego, su mejor amiga. Tan vitalista, positiva y, desde hacía un par de años, divorciada; como le gustaba definirse. También sin hijos, circunstancia que llevaba casi sin problemas, a diferencia de ella.

—Pero mira que eres guarra —la saludó Bego, dándole un abrazo y dos besos—. ¡Estás guapísima!

—Me alegro mucho de verte —le respondió Paula, ignorando su peculiar saludo de bienvenida y sentándose en el taburete que le había reservado—. Tú sí que estás fantástica.

—Que no. Dime, ¿cuánto has tardado en arreglarte? Porque a mí me ha costado lo mío decidir qué ponerme...

—Ay, Bego, pero si con cualquier cosa estás bien —aseguró. Observó su atuendo: pantalón negro de pitillo, blusa camisera blanca y botines también negros. La señaló con la mano—. Lo que te digo, perfecta.

—¿Has aparcado muy lejos?

Paula puso cara de sorpresa.

—¡Qué va! No imaginas la suerte que he tenido. Tengo el coche aquí mismo, justo debajo del arco. Me he metido por una calle de circulación prohibida y me ha dicho el guardia que no importaba, que lo que necesitara.

Bego achicó los ojos y la señaló con el dedo.

—Ya sabes que la sarcástica soy yo, así que no me copies —la amonestó, echándose a reír a continuación.

Paula le golpeó la rodilla. En ese momento, uno de los camareros se acercó a ellas y les sirvió una tapa de bravas y otra de jamón ibérico, que Bego había pedido justo cuando vio a su amiga entrar.

—Por favor, un rioja y otra caña —solicitó Bego.

—¿Llevas mucho esperándome?

—Esta que traiga será la segunda, si es eso lo que quieres saber —le contestó un punto molesta.

—Por Dios, Bego, ni se me ha pasado por la mente —la contradijo, dolida.

El camarero les sirvió las bebidas solicitadas. Las cogieron y, como hacían siempre, las entrechocaron antes de dar el primer sorbo.

—Vale, tú no; pero Cecilia seguro que te ha dicho algo —aventuró Bego con una media sonrisa en la cara tras dejar su vaso en la barra y coger una pequeña servilleta de papel.

Dio un pequeño trago a su vino tinto antes de responder.

—No, nada —dijo con poca convicción y desviando la vista.

—Mentirosa. Por cierto, tenemos reservada mesa para dentro de veinte minutos.

Paula hizo un gesto de asentimiento. Su asistenta había visto a su amiga algo pasada de copas en un par de ocasiones. Tanto antes como después de su divorcio pasó una mala racha y quizás abusó un poco del alcohol, pero sin llegar a convertirse en un problema.

—A veces creo que es una bruja —continuó hablando. Pinchó un trozo de patata y se lo llevó a la boca—. Cómo pu... ¡Uf! Có... su... ¡Joder, quema! —exclamó soltando el tenedor, en el que todavía quedaba un trozo, y bebiendo su cerveza con sonoro deleite.

—Explicate, exagerada. —Probó las patatas a la brava y negó con la cabeza—. No es para tanto, están sabrosas.

—Sí, ya. —Miró a su amiga, esperando ver una señal de que se aguantaba las ganas de beber, pero nada—. Lo que te iba a decir antes de abrazarme, ¿cómo supo lo de mi difunto? ¿Y luego lo del ruso, eh? Seguro que echa las cartas o algo así.

Paula se medio atragantó al reírse y tragar a la vez. Cada vez que la oía llamar a su ex «difunto» no podía evitar una carcajada.

—Veamos. —Le dio otro sorbito al rioja; sí que estaban calientes las bravas, y además picaban, pero no le iba a dar la razón; pura cabezonería—. Lo de tu *difunto* era un clamor. Y tú lo sabías —señaló—, aunque comprendo que una no quiera admitir que su marido es un...

—Gilipollas redomado —remató Bego—. Y yo la cabrona mayor del reino

—bufó.

Paula cogió una de las manos de su amiga y la apretó. Fueron malos tiempos aquellos, pero ya pasaron, afortunadamente.

—Y en cuanto al ruso, qué quieres que te diga...

—Es que tenía unas caderas, un empuje —rememoró, mordisqueándose el labio inferior—. Un movimiento que...

—Que te sableó bien la Visa —interrumpió Paula.

—Pagaba el difunto, así que... Que le jodan —se regodeó.

—Te lo advertimos todas tus... —No siguió hablando, acababa de meter la pata hasta el fondo.

Bego la miró, echando rayos por los ojos. Tomó aliento y lo exhaló con calma.

—Sí, me lo advertisteis todas mis amigas. Sobre todo la putísima de Mica, que ahora se lo estará beneficiando. Pero mira, que les den a los dos.

—Señoras, su mesa está lista —anunció el camarero.

Recogieron sus pertenencias y se dirigieron a uno de los comedores.

—¿Por qué nos ha llamado señoras? Pero si acabamos de salir de la adolescencia, por Dios. ¿Cuántos años se creará ese imberbe que tenemos? —protestaba por lo bajo Bego mientras su amiga la seguía, intentando no reírse del enfado tan tonto que mostraba.

Una vez acomodadas, tomaron la Carta y la ojearon.

—No sé para qué la leemos ni vemos las sugerencias del día, total... —comentó Bego irónicamente, depositándola a su derecha, sobre el blanco mantel.

Paula sonrió, jugueteando inconscientemente con un mechón de su coleta.

—Yo hoy voy a variar —apostilló.

—¡Anda! —exclamó Bego mirándola con los ojos muy abiertos—. *Vive la vida loca...* —tarareó en voz baja e imitando, sin mucho acierto, a Ricky Martin—. Nada, ¡a echarle tacones! También voy a cambiar, tomaré...

Cada una pidió un único plato. Caldereta de cordero para Bego; y huevos

rotos con virutas de jamón ibérico, Paula.

—Pues no es que tú hayas variado mucho el menú, eh —comentó esta acerca del plato de su amiga.

—Es un primer paso, mañica. —Bego le guiñó el ojo—. Y ahora dime, ¿cómo estás?

Llegó el momento, pensó Paula. Sabía que todo lo que habían hablado solo era un intento de crear un ambiente distendido. Sí, Bego la conocía perfectamente y no se le pasaban por alto los detalles de cómo le afectaba físicamente lo que llevaba a cuestras.

Iniciaron su amistad cuando Paula vino a vivir a Madrid con su esposo. Ella no conocía a nadie aquí, y tan solo en un par de ocasiones había visitado la capital. Estaba recién casada, apenas hacía un año que le dio el sí quiero en la Basílica del Pilar al amor de su vida. La oferta de trabajar en uno de los mejores estudios de arquitectura los empujó a dejar su Zaragoza natal y mudarse. Con el tiempo le hicieron socio; nunca se arrepintieron de aquella decisión.

Sus amistades surgieron del entorno que los rodeaba, como era de esperar, y aunque formaban un grupo muy bien avenido, siempre hubo una conexión especial con Bego. Su compañera en todas las batallas, que fueron muchas.

—¡Paula!, que te quedas colgada como mi ordenador —exclamó moviendo la mano ante su mirada perdida.

Esta parpadeó varias veces y asintió con la cabeza. Cogió el tenedor y removió un poco su comida, sin apetito.

—Pues ya te lo dije antes. —Hizo un mohín de resignación—. Simplemente, estoy. Intento superar cada día. Intento pensar en positivo. Intento...

Dejó los cubiertos encima del plato, cruzados, y se tapó la cara con las manos, esforzándose por controlar el sollozo que la ahogaba.

—Joder, Paula.

Bego alargó la mano sobre la mesa y acarició la de su amiga. Se arrepentía

de haber preguntado, si hubiera seguido distrayéndola con sus chorradas, habría evitado remover su pena.

—¿Por qué no te has ido a Zaragoza? Aún estás a tiempo de cogerte el AVE y plantarte en casa de tu hermana. O, si quieres, yo te llevo; por mí encantada. ¿Qué opinas?

Paula dejó de cubrirse el rostro. Con una mano cogió la de su amiga y con la otra la copa de vino, le dio un sorbo y la depositó de nuevo sobre el mantel.

—Opino que estás frita por librarte de la cena de mañana.

Bego rompió a reír, atrayendo las miradas curiosas del resto de comensales.

—No te lo voy a negar —respondió a duras penas. Cortó un pequeño trozo de cordero y, pinchado en el tenedor, se lo ofreció a su amiga—. Prueba, está buenísimo.

—Uf, qué va, chula —negó Paula, arrugando la nariz.

—Que pruebes. Venga, ¡que se va a caer! —insistió, moviendo ante su cara la carne trinchada.

—Pero mira que eres pesadita —refunfuñó. Atrapó entre los dientes lo que le ofrecía y lo saboreó—. Es verdad, está muy bueno, muy tierna.

Bego hizo un gesto con la mano al camarero, señalando sus copas vacías, que él comprendió.

—No quiero entristecerte, de verdad, pero si pasaras estos días con Alia...

Paula tragó lo que tenía en la boca antes de contestar.

—Sé que mi hermana y mi cuñado estarían encantados. Pero es que con ellos... este vacío va a ser mayor. —Bego asintió, la entendía—. Además, sabes lo que me hubiera gustado ser madre, y tener en brazos al pequeñín me va a remover más cosas aún.

—Tienes razón —admitió su amiga, pensativa, triste.

Compartían esa frustración: no haber sido madres. En el caso de Bego, la naturaleza no le otorgó esa capacidad, siempre supo que era estéril.

—Si yo no hubiese tenido la mala suerte —continuó hablando— de enamorarme del difunto, quizás ahora estaría con un hombre que sí hubiera querido adoptar. Quién sabe...

La llegada de las nuevas bebidas dejó la frase sin acabar.

—¿Y por qué no lo haces tú sola? —le propuso Paula, no era la primera vez que hablaban del tema—. Ya sabemos que no será fácil, pero por intentarlo...

Bego la miró con una chispa de alegría bailando en sus ojos.

—Me he estado informando y voy a empezar a moverme. La edad no será problema, tengo dos años menos que tú, ¡una chiquilla! —se definió, inquieta en su asiento—; una situación económica desahogada. Y lo más importante...

—Mucho amor que ofrecer —remató Paula, feliz por el paso que iba a dar; divertida por su gesto de coquetería con la edad.

—¿Las señoras van a tomar postre? —les preguntó el camarero, al que Bego no le quitaba el ojo de encima mientras recogía los platos y cubiertos—. Les puedo recomendar...

—Sí —confirmó esta—. Dos natillas caseras.

Una vez solas, Paula reanudó la charla.

—Nosotros íbamos a iniciar los trámites... —Se mordió el labio inferior y empezó a enrollar y desenrollar una punta de su servilleta; ausente—. Ya sabes que ningún tratamiento resultó eficaz y... cuando sí lo fueron... —Negó con la cabeza—. Fernan... temía por mi vida y por eso se negó a seguir intentándolo. Ahora...

—Ahora ten paciencia y da tiempo al tiempo. Y cambiemos de tema, ¡por Dios! —exclamó Bego con ímpetu, al ver que se desmoronaban las dos. «Quizás si volvieras a trabajar... Ya lo hablaremos en otro momento», pensó—. Vente a cenar con nosotros. Creo que han invitado a un vecino que está solo aquí, no sé; no presté mucha atención. Será en la casa de mis padres.

Paula soltó una risotada, su amiga era única para subirle a alguien el ánimo, aunque con esa proposición...

—¿Tú qué quieres, que termine la noche en el Viaducto? —Bego la señaló con la cucharilla del postre, que ya les habían servido—. Y que mañana salga en los titulares: Se suicidó para no matar a la cuñada de su mejor amiga.

Esta no tuvo más remedio que echarse a reír por la ocurrencia.

—Maña, es que el panorama es desolador. La muy petarda no parará de pasarme por los morros las vacaciones en la nieve, la ropa nueva de invierno; que si los maravillosos regalos que les van a hacer a los cafres de mis sobrinos... —Paula asentía con gesto de cansancio ante lo que escuchaba—. Y el calzonazos de mi hermano estará toda la noche diciendo que sí a lo que su mujercita diga. ¡Uf! —Se recostó en el respaldo de la silla—. Y mis padres encantados, claro. Como ella sí ha sabido llevar su matrimonio adelante...

—¿Y tú me quieres meter en esa grillera?

—Solidaridad de amiga, ¿no? —rogó Bega, poniendo morritos como si estuviera haciendo un puchero y con las manos juntas, ahora inclinada hacia delante.

Paula volvió a jugar con su pelo y la miró, frunciendo los labios.

—Humm, no somos tan amigas —canturreó.

—Cobarde, te rajas.

—Totalmente —le confesó sin ningún pudor, riéndose.

Deambulaban sin prisa, deteniéndose en algunos puestos para admirar las preciosas figuras que se exponían. Todo lo que se pudiera necesitar para poner un belén; cualquier tipo de adorno imaginable, ahí se encontraba.

Como ya era acostumbrado en ellas cuando comían juntas, después de salir del restaurante fueron a una pequeña cafetería y allí estuvieron departiendo confidencias delante de dos cafés. Ahora, cogidas del brazo, paseaban entre la multitud que llenaba la plaza.

Bego miraba en los puestos cuál era el *caganer* más popular. Todos los años le regalaba uno a su amiga, y este no iba a ser menos.

—De verdad —le repitió por tercera vez Paula—, que no. Pero si no he

puesto nada, ni nacimiento ni árbol...

—Las tradiciones hay que seguir las —le replicó; no se iba a dejar convencer—. Lo pones encima de la tele.

—Es pantalla plana.

—Pues entonces en la mesa del salón.

—Sí, precioso; una monería —replicó Paula, ya con el paquetito en la mano... Y los recuerdos la distrajerón.

En efecto, la casa estaba sin decorar, no se encontraba con fuerzas para ello, ¿cómo hubiera podido?! Esa tarea siempre la hicieron entre los dos, compartiendo risas y arrumacos. Sorprendiéndose ella, al abrir las cajas guardadas el año anterior, con lo que iba sacando; al recordar figuras o adornos de los que se había olvidado. La compra del enorme árbol y la discusión por el tamaño, los esfuerzos para meterlo en casa y la alegría cuando lo veían iluminado... Sentía que se le encogía el corazón. Solo eran eso: recuerdos.

Su amiga la llevó a un lado, entre dos puestos, apartándola un poco de las personas que, ajenas a su sufrimiento, alegres pasaban a su vera. Dolía ser testigo de tanta felicidad.

—Tienes que animarte, hacer el esfuerzo. Estas fechas son difíciles, lo sé, pero hay que intentarlo. —Bego la miró a los ojos con intensidad, queriendo transmitirle esa positividad que a ella le sobraba, incluso cuando el mundo iba en su contra—. El espíritu navideño. Amiga, la magia existe. ¿Por qué no puedes tener tu propio milagro de Navidad?... Ten...

—... esperanza —completó Paula, recordando las palabras de Cecilia y viendo que su amiga asentía con brío.

Una suave ráfaga de aire templado barrió la plaza, lo que causó asombro a todos los que se hallaban allí. Las luces navideñas del alumbrado público se encendieron y los multicolores adornos cobraron vida. La gente rompió a aplaudir ante el magnífico espectáculo y un villancico se dejó oír entre los murmullos de admiración.

*Empiezan a germinar
en el corazón
palabras como esperanza,
amor y alegría.*

*Hay luces por la ciudad
y en cada rincón
se escucha algún villancico
que nos ilumina.*

*Tiempo de amar, de celebrar
el gran milagro de la vida.
Tiempo de paz, tiempo de dar
a cada quien la despedida...*

Una extraña desazón se empezó a apoderar de Paula. «Tiempo de dar a cada quien la despedida», decía el estribillo. No, no pensaba hacer eso, nada de despedidas. Prefería quedarse con el principio: «Empiezan a germinar en el corazón palabras como esperanza...». Había estado demasiado metida en su propia desgracia, compadeciéndose tanto de sí misma que se olvidó de luchar; de no dejarse ganar la batalla. Y ella no era así, si algo la definía era su tesón y constancia para conseguir lo que se proponía.

Su hermana, sus amigos, Bego... Cecilia... Todos esforzándose para animarla, y unas sencillas estrofas de un villancico al azar son las que la hacen reaccionar. Se giró a su amiga y le dio un abrazo, pillándola por sorpresa.

—Es verdad. Teníais tanta razón... —admitió, hablando de forma atropellada y con una nueva luz en los ojos.

—¿Qué...? ¿Qué pasa? —Bego respondía al abrazo, aunque aturdida por el repentino cambio que veía en su amiga.

—Que estas semanas he estado muerta en vida. Que no era yo; que voy a luchar. Que se acabó el esconderse y lamentarse... —Se separó un poco y le dio dos fuertes besos en las mejillas—. ¡Que te quiero mucho, chula! — Terminó de declarar mientras las lágrimas caían por su rostro.

—Joder, Paula.

Bego la atrajo de nuevo a sí. Esta era la Paula que ella conocía y que quería que volviera. No esa otra mala imitación deprimida y deprimente.

—No sé qué te ha hecho cambiar, pero me alegro muchísimo. No imaginas cuánto —confesó Bego, emocionada a más no poder.

—No puedo explicarlo, quizás vuestras palabras que, por fin, me han calado, o el ambiente que nos rodea —expuso, mirando a su alrededor—. O el villancico... ¡O todo junto! Sí te voy a decir una cosa, amiga. —Observó con qué expectación esperaba que siguiera hablando—. Bego, esta Navidad va a ser especial, y lo va a ser para las dos. Tengo ese pálpito.

Se miraron con tal afecto y calor que sus corazones brincaron a la par de pura alegría.

—Bueno —rompió el denso y emotivo silencio Bego—, quizás la cena de mañana no esté tan mal, ¿no? Quién sabe si en estos días no se cumplirá uno de mis mayores deseos.

—Un tío cachas que se pierda por ti —ironizó Paula, con la intención de aligerar el ambiente creado entre ellas y que apenas las dejaba articular palabra.

Bego soltó una risa breve y nerviosa.

—No, un buen hombre.

Paula apretó las enguantadas manos de su amiga, viendo cómo se le escapaba una lágrima, y asintió.

Echaron a andar hacia la esquina en la que desembocaba la calle de la Sal, con la firme convicción de que verían sus deseos cumplidos. Como si... tuvieran la certeza de que un ser superior, tras posar sus magnánimos ojos en esa céntrica plaza y contagiado por el magma de sentimientos que allí bullía,

se hubiera dignado a conceder todo lo que sus humanos corazones anhelaban.

No hablaron durante el corto trayecto hasta el viejo arco de piedra, cada una perdida en sus propios pensamientos y planes para el día siguiente.

«Paula tiene razón, seguro que pronto aparece el hombre que sepa quererme y valorarme, y poder formar nuestra propia familia. Quizás...».

«Mañana será diferente; ¡yo lo haré diferente! Sí, iré al estudio y...», planeaba en su interior Paula.

Se detuvieron, no necesitaban contarse qué pasaba por sus mentes. Se conocían demasiado bien como para saber que una inesperada ilusión germinaba en sus corazones.

Un nuevo tiempo empezaba para ellas.

—Feliz Navidad, mañica.

—Sí, amiga mía, feliz Navidad.

Parte III

La vida siempre espera las situaciones críticas para mostrar su lado brillante.

(Paulo Coelho)

Cuando Paula, tras despedirse de Bego, llegó a su casa la noche anterior, se sentía eufórica. Llena de una repentina vitalidad que no dejaba a su mente en paz. Un torbellino de ideas, propósitos y posibles situaciones se creaban en su imaginación y ella recreaba sin fin. Pero tenía que serenarse y meditar bien sus próximos movimientos, por nada del mundo quería precipitarse; ya había tenido bastante de eso.

Sabía que en ese estado de agitación le sería imposible dormir, así que se preparó una taza de la infusión que Cecilia le recomendó. Para que surtiera más efecto le añadió una cucharadita extra a la dosis inicial; se trataba de un compuesto a base de hierbas naturales totalmente inofensivo, y el resultado se mostró efectivo; tremendamente efectivo...

La penumbra reinaba en su dormitorio. La amplia ventana de doble acristalamiento, así como las puertas que daban acceso a la terraza, impedían que cualquier ruido procedente del exterior perturbara su tranquilo sueño. Incluso tenía su iPhone apagado, solo una imperiosa necesidad fisiológica fue capaz de arrancarla de los brazos de Morfeo. Se giró en la cama hacia el lado

derecho, el que ella ocupaba cuando no dormía sola. Poco a poco abrió los ojos.

—Pero qué sueño tengo, por Dios.

Sin poder retrasar más el momento, echó el grueso edredón hacia atrás y trastabillando, todavía medio dormida, entró en el baño. Unos minutos más tarde...

—¡La una y media de la tarde! —gritó sin acabar de creérselo.

Salió disparada, y totalmente despejada, hasta la mesita de noche y miró la hora en el pequeño despertador. Después consultó su reloj de pulsera y, aún incrédula, encendió el móvil.

—Son más de la una y media —repitió para terminar de asimilarlo. Se sentó al filo de la cama. No quería ni echar cuentas de las horas que había dormido—. Si me descuido, hiberno.

Sonrió, divertida por su propia ocurrencia. Era muy tarde para llevar a cabo lo planeado para esa mañana. Seguro que ya estarían todos los del estudio tomando unas cañas por ahí, a saber dónde. Tendría que idear un reajuste, nada más.

Fue hasta la ventana, descorrió las cortinas y levantó las persianas. Un sol brillante la recibió. «*Buen presagio*», pensó optimista.

Después de una ducha revitalizante; maquillarse levemente; vestirse con sus sempiternos vaqueros para estar por casa, un jersey verde de lana con cuello de pico y zapatos de ante con tacón bajo, se dirigió a la cocina a prepararse un desayuno que, en realidad, haría las veces de almuerzo.

Mientras se calentaba el agua para el café, echó un vistazo al patio. Su aspecto descuidado la sacudió con un ramalazo de tristeza. Pensó en poner la radio, escuchar música, pero no estaba muy segura de que eso no la deprimiera. No podía venirse abajo, había tomado una decisión y llegaría hasta el final.

Cogió una bandeja, puso en ella el café y unas tostadas de pan de molde untadas con mantequilla y se dirigió al salón. La depositó en la mesa central,

junto al regalo de Bego, «*monísimo*», y encendió el televisor. Estaba a punto de sentarse cuando cayó en la cuenta de que faltaba el zumo, olvidado en la encimera de la cocina; así que, refunfuñando por su despiste, fue a por él.

En menos de un minuto ya se encontraba de vuelta, sentada en el sofá central y viendo las noticias. Le dio un par de sorbos al café, lentos, deleitándose, pero un ruido la distrajo. Parecía..., no podía ser.

—Anoche cerré bien la puerta de la calle —aseguró en un murmullo—. Habrá sido la tele.

No obstante, y por reflejo, bajó un poco el volumen del aparato. Volvió la vista a la pantalla, pero el sonido amortiguado de unos pasos disparó todas sus alarmas internas. Unos segundos después, sintió una presencia. Observó de reojo. Ya no había duda: alguien se perfilaba en la puerta de entrada al salón. Giró la cabeza lentamente y el pan que sostenía en su mano se le deslizó hasta caer, bocabajo, sobre la alfombra.

Él.

Lo miró sin aceptar lo que sus ojos le mostraban. Echó un vistazo a su alrededor, rápido, como si esperara que apareciese alguien riéndose por su inocencia al creerse que era... *él*, allí.

—Paula.

Pero no, no se trataba de un espejismo y ella estaba despierta, así que eso solo significaba que...

—Paula...

Sí, su marido había vuelto.

Veía que, despacio, entraba en el salón y se quitaba el abrigo y la bufanda, dejando ambas prendas sobre uno de los sillones. Iba vestido de negro: jersey de cuello alto, pantalón de pana y botas Chelsea; como a ella le gustaba. A ella y a cualquier mujer que lo viera, estuvo a punto de pensar. Moreno; ojos negros, grandes y de profunda mirada. Tenía una elegancia innata en cualquiera de sus movimientos y exudaba una seguridad y saber estar arrolladora.

Ella lo seguía con la vista; muda. Había soñado tanto con tenerlo en frente

que ahora se sentía cohibida, temerosa de que si hacía un mal movimiento, él desapareciera. Quería levantarse y correr a sus brazos, pero sus piernas no respondían. Puso los puños en el asiento para impulsarse y... fue imposible; el temblor de sus manos le restaba fuerzas.

Con lentitud se recostó en su asiento; la mente en blanco. Casi segura de que él podía oír el martilleo de su corazón desbocado.

Fue hasta ella, se agachó y cogió el pan que aún estaba en la alfombra. Lo dejó en la bandeja y apartó esta a un lado. Apagó el televisor. Se sentó en el filo de la mesa, los codos sobre las rodillas y las manos entrelazadas, inclinado hacia delante.

—Pau...

—¿Q-Qué haces aquí? —Al segundo se arrepintió de la pregunta—. Quiero decir que... —Se ahogaba con sus propias palabras. Los ojos empezaron a picarle. Tenía tantas cosas que decirle que con esa pregunta estúpida parecía que le reprochaba que hubiera venido, cuando en realidad se moría por verle.

—No pensarías que te iba a dejar hoy sola, ¿no?

Paula afirmó y negó con la cabeza. Perdida. Embobada por ese atisbo de sonrisa que podía iluminar su día más gris. No debía distraerse, tenía que aprovechar esta ocasión, quizás la última; aunque él acababa de decir... ¿hoy? ¿Eso significaba que mañana no...? Un pánico incontrolable se empezó a adueñar de su cuerpo, que subiendo por la garganta buscaba su desahogo en forma de doloroso grito. Pero no, debía recomponerse.

Carraspeó, se recolocó un mechón escapado del elástico de su coleta. No sabía qué hacer con las manos; mentira, sí que lo sabía: acariciar su ensortijado pelo, que tanto había añorado, pero se contuvo. Debían hablar primero. Cerró los ojos por un segundo e inspiró fuertemente, su especiado perfume la aturdió. Lo miró de nuevo, cómo esperaba a que ella dijera algo.

—Fernando, te debo muchas explicaciones. —Silencio—. Ayer tenía pensado ir esta mañana al estudio y...

—No te he visto —la interrumpió.

Paula sentía sus ojos negros clavados en los de ella, traspasándola; de pronto los bajó hasta su boca y ella notó cómo se le secaba la garganta. Inconscientemente se pasó la lengua por los labios, humedeciéndolos. Las manos en el regazo, unidas como si se sujetaran la una a la otra, impidiéndose volar hasta el rostro de ese hombre al que tanto amaba.

—No he ido. Me quedé dormida —confesó, con una mueca de fastidio tan adorable que provocó en él una sonrisa, a la par que movía la cabeza de un lado a otro—. Anoche me hice una infusión un poco más cargada de lo normal y me he levantado a las tantas; muy tarde para ir... a verte —dijo las últimas palabras casi en un murmullo.

La mirada escrutadora de él la acobardaba, pero no se iba a amilanar. Había tenido bastante con las semanas pasadas llenas de angustia y desazón.

—¿Y puedo saber qué te decidió ir hoy a buscarme? —Levantó la mano; ella contuvo lo que fuera a decir—. ¿Por qué no la semana anterior, o la otra, o...?

Él tenía razón, pero cómo explicar su propia estupidez... Solo existía una manera: admitiéndola.

—Porque he sido una estúpida, celosa, inmadura y orgullosa. Sé que te he defraudado; que te he puesto en ridículo, a ti y a otras personas que no tienen culpa de mis paranoias y complejos.

—¿Y ya no lo eres? —Percibió el sarcasmo en su voz, esa fina ironía que él tanto gustaba de emplear; sin embargo, no se iba a amedrentar; así que negó con la cabeza firmemente, sin apartarle la vista—. ¿Y este cambio?

Esa era la cuestión. Convencerlo de que esta vez ¡sí! Se inclinó hacia él y le cubrió las manos con las suyas, sin saber si la rechazaría; pero no, solo lo sintió temblar bajo su toque, y ella afianzó su agarre. «*Ahora o nunca, Dios mío, ahora o nunca*», se dijo. Convencida de que sus siguientes palabras serían decisivas para ella, para él... En definitiva, para su matrimonio.

—Podría achacar mi ataque de celos en la cena a que había bebido más de

la cuenta, pero sería mentira. Yo era consciente de lo que hacía y decía, pero ver de qué manera esa... te cogía del brazo y se pegaba a ti tan descaradamente, me enervó. —Notó el intento de él de retirar las manos, mas se lo impidió. No, al menos, hasta que terminara de hablar—. Sé lo que me vas a decir, lo mismo de siempre: que solo tienes ojos para mí, que eres un caballero y no querías ponerla en evidencia...

»Y es cierto, lo sé y te creo. Sin embargo, me cegué, me volví loca. —Bajó la vista, recordar ese momento la avergonzaba sobremanera. Volvió a sentir que los ojos le picaban, que en cualquier momento se echaría a llorar, pero por nada del mundo le iba a soltar—. Sé que has escuchado esto muchas veces, que mis explicaciones no son nuevas, que...

—No, no lo son —le oyó decir con voz dura. Él estaba haciendo un esfuerzo titánico por contenerse—. Tus celos han sido siempre un problema entre nosotros, y muy grande; devastador, como ya has visto. Al principio no me importaban, incluso me gustaba esa faceta tuya, era divertido ver tus enfados por nada. —Paula asintió, compungida por sentirlo tan frío con ella, tan distante—. Pero con el tiempo... ha llegado un momento en el que son insufribles, agobiantes. ¡Desesperante, joder!

Ella dio un respingo, sorprendida al incorporarse él de pronto y apartarse de forma tan brusca; sus manos, huérfanas de su ansiado calor, cayeron inertes sobre sus rodillas.

—¿Cuándo te he sido infiel?! —prosiguió él, ahora en el centro del amplio salón, desafiante—. Dime una sola ocasión en la que me hayas pillado en un renuncio. A ver, ¡solo una! —Inspiró lentamente; no quería dejarse llevar por la rabia—. ¿Sabes lo que pienso?... Que quizás te la debería de haber pegado con alguna de las muchas mujeres que se me han insinuado; a fin de cuentas, el resultado hubiera sido el mismo, ¿no?

Esas palabras se clavaron en el corazón de Paula de forma certera. Dolían, ¡cómo dolían! Y eso no era lo peor, lo más sangrante era que él tenía razón. Que sus incontrolables celos la gobernaban, convirtiéndola en una mujer

imprevisible e hiriente en sus comentarios faltos de respeto hacia él.

Dejó su asiento y bordeó la mesa. Sentía una opresión en el pecho que la impedía ponerse derecha. Vio la advertencia en sus oscuros ojos de que no se acercara. Lo estaba perdiendo, se le escapaba de entre los dedos como si fuera agua cristalina que sigue su cauce. Porque eso era él: lo más puro que tenía en su vida y que, segundo a segundo, iba perdiendo.

—No, por favor, no me digas eso —rogó en un sollozo—. No imaginas cómo me destroza solo imaginar que... tú...

Desesperado, se giró y dio unos pasos hasta la puerta que daba acceso al jardín. Las manos cruzadas en la nuca, los hombros rígidos por la tensión.

—Cariño...

—¡Dime algo que no hayas dicho antes, Paula! —bramó, exigente.

Se sobresaltó por la enérgica demanda de sus palabras y porque no esperaba que, rápido, se girara y en dos pasos se plantara delante de ella; las manos en las caderas y su mentolado aliento impactando en su rostro. No, le amaba y haría lo que fuera por estar con él... Por seguir con él. Sabía qué quería oír y, aunque siempre se había negado a ello por considerarlo descabellado e innecesario, esta vez lo haría.

—Sé que esto no puedo superarlo yo sola. Es más que una obsesión. Ya es enfermizo y nos hace sufrir a los dos sin motivo. Que únicamente en manos de un profesional podré curarme. Y te juro por la memoria de mis padres —cerró con fuerza los ojos por un segundo— que no te voy a defraudar.

Lo miró, expectante, pero ante su silencio continuó hablando.

—Sabes que no juro por ellos en vano. Que tampoco lo digo para convencerte y luego no hacer nada. Seguiré la terapia que me indiquen, lo haré, y sé que me ayudarás, ¿verdad? —Le tembló la voz.

Rezumaba tanta súplica su pregunta que no comprendía cómo su marido no se... apiadaba. Se mostraba imperturbable, tan lejano. Por más que examinaba su rostro no conseguía entrever ninguno de sus pensamientos, cuando siempre se entendían con una sola mirada. Algo muy profundo se había roto entre ellos,

algo que quería recomponer.

El giró la cara a un lado y luego la encaró de nuevo, una ceja alzada era la muestra de su incredulidad.

—Te lo vuelvo a preguntar. —Paula lo miraba con el alma asomada a sus ojos, sufriendo en cada latido de su agonizante corazón—. ¿Por qué ahora sí? ¿Por qué tendría que creerte? Y no me repitas tu juramento. A estas alturas, ya no me vale.

Ella asintió. No podía reprocharle sus dudas. ¿Cuántas veces le había asegurado que iba a cambiar, que no le volvería a hacer una escena de celos?... Porque no era una cuestión de falta de confianza en él, que sí la tenía, sino de miedo. Un miedo cerval a que la dejase, a que un día abriera los ojos y la viera como realmente era: insegura, acomplejada, celosa... y sin poder darle los hijos que tanto anhelaban.

—Porque durante estas semanas he vivido en el infierno y ni ahí he dejado de sentir en cada poro de mi piel la dolorosa frialdad de tu ausencia. —Movié una mano hasta tocar su antebrazo, lo sintió tensarse—. Porque he tenido siempre tanto miedo a perderte que, sin quererlo, yo misma te he ido apartando de mi lado.

Notó que él se relajaba y eso la animó a poner la otra mano en su fornido pecho. A seguir abriendo su corazón.

—Porque eres el hombre más maravilloso que jamás pueda existir. Porque tu belleza exterior es nada si la comparo con la de tu alma, con la de tus sentimientos. Porque mis complejos no me permitían ver ni sentir con claridad. —Presionaba levemente ese músculo que siempre había latido por y para ella, y que ahora lo hacía acelerado bajo su palma. Acortó más la escasa distancia que los separaba. Y le confesó la única verdad que importaba—: Porque te amo más de lo que yo misma creía y por este amor, que ojalá tú aún me sigas teniendo, voy a luchar.

Posó los dedos sobre sus labios, apenas un roce; una barba incipiente sombreaba su anguloso rostro. Y terminó de abrirle su corazón.

—Cecilia tenía tanta razón... Necesitaba esperanza, su empuje, esa que yo había perdido. Pero en el momento que su llama volvió a prender, fue como salir de un túnel y entrar en un prado luminoso, respirando aire fresco e inundándome de su color. —Él quiso hablar, ella no lo dejó.

»Es increíble cómo la simple letra de una canción puede hacernos reaccionar... *Empiezan a germinar en el corazón palabras como esperanza, amor y alegría...* —tarareó muy bajito, despacio—. *Tiempo de paz, tiempo de dar a cada quien la despedida* —terminó de entonar—. Y yo, cariño, me niego a darte ningún tipo de despedida. Lo que deseo es que empecemos juntos un nuevo camino... Hasta donde la vida nos lleve.

En algún momento, mientras hablaba, sus lágrimas habían empezado a caer sin control. Y también en algún momento, y sin que ella se percatara, él la pegó a su cuerpo y la abrazó.

Fuerte, encarcelándola entre sus brazos y arropándola con un amor que no había menguado, al contrario, que crecía más y más.

Y entonces ella lo percibió en sus entrañas, ese particular canal de comunicación, ese solo mirarse y entenderse... volvió a fluir, y la inundó con una energía desbordante. Activando cada célula dormida, provocando chispas en cada una de sus terminaciones nerviosas. Llevó las manos a su fuerte nuca y enredó los dedos entre sus rizos. «¿Cómo he podido vivir sin esto? ¡¿Cómo?!», clamaba en su interior.

Y sin poder contenerse más, la besó con agonía. Abarcando toda su boca y apretándola contra sí hasta la desesperación. Dando con ella unos pasos tambaleantes, erráticos, perdido en ese sabor que tanto añoraba. Sentía de nuevo correr la vida por sus venas. Porque así era como estaba sin ella: muerto.

Se separaron unos milímetros, lo justo para poder respirar.

—Dios, mi amor —recitó, trastornado aún por la entrega con la que ella, «*mi esposa*», le había respondido—. No sabes cuánto te he necesitado. El tormento de estar separado de ti. No llores, por favor, no más —le pedía

mientras limpiaba con sus pulgares las nuevas lágrimas.

—Cariño —hipó Paula—, aquella noche, cómo me miraste... —Le costaba un enorme esfuerzo hablar, se ahogaba en su propia pena—. Todo lo que me dijiste... Verte recoger tus cosas e irte, fue..., pero así y todo...

—Creíste que al día siguiente yo estaría aquí, ¿verdad? —Ella asintió, sollozando en el cuello del hombre que había estado a punto de perder por culpa de esos celos patológicos que anulaban su raciocinio—. No, mi amor; esta vez tenía que ser diferente. Tenías que reaccionar.

Ella alzó la vista a él, confundida.

—Yo... —cogió el adorado rostro de su mujer entre sus ansiosas manos y con breves besos secó esos ojos que lo miraban con tanto ardor—. Yo... necesitaba dolerte. Sentir que aún te importaba lo suficiente como para que lucharas por mí...

El sollozo de Paula se convirtió en un llanto desgarrador, incontrolable y... purificante, pues con él se iba toda la angustia que no la había dejado vivir desde que le oyó decir que no la quería más en su vida.

—T-Tus pa-palabras fueron... Me quise morir —le confesó casi sin voz.

Él la condujo hasta el sofá y la sentó en su regazo. Abrazándola con una mano en la cintura y con la otra acariciando su cara, sin dejar de besarla.

—Sé que te hice mucho daño y que fue a conciencia. Espero que me perdones, pero ya no sabía qué hacer para que abrieras los ojos. No prestabas atención a los consejos de tus amigas, de tu hermana, de los míos... —Paula asentía a cada una de sus palabras tan llenas de razón—. Hablé con la familia para que te llamaran lo menos posible; también con Bego, aunque ella no me ha hecho mucho caso.

—Me dejaste sola. —No era un reproche, aunque sonara como tal; entendía lo que él había pretendido—. Y claro que te perdono —afirmó, besándolo con todo el amor que sentía por él y recreándose en su apasionada respuesta.

—No lo hice —habló tras separarse de ella y tomar aliento—. He estado

pendiente de ti en todo momento. Y si hubieras decidido cenar fuera, pues allí habría ido yo también, a cualquier sitio.

Paula, que se recostaba en su hombro, se incorporó y lo miró a los ojos. No entendía, «¿cómo que no...?».

—He hablado todos los días con Cecilia. Sabía si salías o no, con quién y a dónde... —Ella lo escuchaba con la boca abierta—. Incluso, en más de una ocasión, te he visto. Por cierto, ayer estabas guapísima, como siempre.

Se levantó y se plantó frente a él con los brazos en jarra, aparentando enfado.

—¿Me has estado espiando?

—No. Te he estado cuidando.

Se incorporó, quedando frente a ella.

—Y por cierto —siguió él hablando—, el hotel donde he estado este tiempo, muy cómodo, sí; pero como la casa de uno...

Se lanzaron a un abrazo feroz. La necesidad de tocarse los superaba. Se extrañaban hasta niveles insanos.

—Así que todo el mundo conspirando a mi espalda —comentó Paula entre los brazos de su recuperado, pero nunca perdido, amor.

—Exacto. —Sonrió y besó su sien, aspirando su aroma—. Cómo dejarte, dulce. Eso es imposible. —Sintió que ella lo abrazaba aún más fuerte.

—He sido tan...

—Nada —la cortó—. Empezamos una nueva etapa, ¿verdad? —Paula asintió, muda por la emoción—. Perfecto. Y ahora dime, ¿el único adorno navideño que vamos a tener va a ser ese *caganer*?

Ella miró la mesa en la que la noche anterior dejó el regalo de su amiga.

—Pues me temo que sí —respondió divertida; más relajada.

—Pues va a ser que no —la contradijo, intrigándola.

De la mano, la llevó al *hall* de entrada. Junto a su maleta, dos cajas de cartón, medianas, llamaron su atención. Al principio, cuando lo vio entrar e ignoraba que su maleta se hallaba fuera, deseó que no solo hubiera venido a

por su ropa. Cuando él dijo que no la iba a dejar hoy sola, temió que se marchara al día siguiente. Pero no, su intención siempre fue quedarse, incluso antes de hablar con ella; y eso le provocaba quererlo todavía más.

Se acercó y abrió una de las cajas: guirnaldas, adornos de fieltro, calcetines para Santa, un pequeño nacimiento... Supuso que la otra estaría llena de más artículos navideños. Cogió con cuidado una pequeña campana dorada, preciosa y finamente tallada; similar a la que ella rompió sin querer el primer año que, juntos, decoraron el árbol; y a partir de entonces se convirtió en una especie de «tradición» el que a ella se le cayera una y él la repusiera en la siguiente Navidad. Cabeceó, respirando profundamente. Emocionada por su significado y más al leer la leyenda que en ella había, y que él siempre mandaba inscribir: «Destinos escritos». Como él le dijo el día que le declaró su amor... «*Escritos y con tinta indeleble*», recordó ensimismada.

—Sabía que no habías adornado nada y he querido que todo fuera nuevo —habló a su espalda, abrazándola y dejando un beso en su pelo—. Empezar de cero, como nosotros.

—No sé qué decir...

—No hace falta, mi amor.

—Ya —insistió ella—, pero necesito...

—Habrá tiempo —aseguró él, y deshaciendo el abrazo se encaminó a la cocina, diciéndole con voz fuerte y engolada—: ¡¡Y dame algo de comer, mujer!! ¡Tu marido ya está en casa y se muere de hambre!

Paula lloraba otra vez, sí, pero de alegría por escucharlo hablar, de nuevo, de esa forma tan... cavernícola. ¡Cuánto había echado de menos sus bromas! Sus aspavientos exagerados y teatrales.

—Tampoco hay preparada cena especial, que lo sepas. Le dije a Cecilia que no hiciera nada —le advirtió con voz cantarina; admirando su caminar elegante y desenfadado.

—Mujer de poca fe... —comentó por lo bajo.

—¡Detente! —le ordenó ella de forma imperiosa.

Él se giró bajo el marco de la puerta que daba acceso al comedor. Sabía por qué se lo pedía. La vio venir risueña, con ese cimbrear de caderas que tan loco lo volvía... Y se permitió dejar libres sus pensamientos, ya relajado. Ella nunca podría imaginar lo que le había costado mostrarse tan duro e inflexible en su postura. La de veces que estuvo a punto de tirar la toalla y volver a sus brazos, a su hogar... El consejo de Cecilia fue acertado, como todo lo que ella recomendaba, pero angustioso. No ignoraba que les quedaba un duro camino por delante, pero tenía la convicción de que juntos lo lograrían. Todavía le estremecían sus palabras preñadas de verdad.

Paula llegó hasta él y lo abrazó por la cintura. Alzó el rostro para mirarlo a los ojos.

—¿Sabes justo en qué sitio estás? —le preguntó con ironía.

—Hmmm —profirió, vibrante. No necesitaba mirar hacia arriba. Él mismo había puesto ahí las pequeñas ramas de muérdago.

La envolvió entre sus brazos y, lentamente, se acercó hasta sus ansiosos labios.

—Te amo tanto... —declaró ella, aspirando su aroma.

—Como yo a ti —articuló antes de besarla con voracidad.

Y sus almas, de nuevo en perfecta sincronía, se arrullaron como solo los que aman de forma pura saben hacerlo.

—*Feliz Navidad, cariño mío.*

—*Feliz Navidad, mi dulce amor.*

Nota del narrador

Quizás te preguntes, lector, si conseguirán superar sus problemas... O si se cumplirán sus sueños...

Nuestra querida Cecilia, sin ella saberlo, solo obedecía mi designio: cuidar de Paula y Fernando. Ayudar a su *niña* a llevar una vida serena y libre de miedos imaginarios; a que confiara en ella misma, en su valía, que es mucha. Aconsejarlo a él y darle ánimo, intentando que no se derrumbara. Para que, en contra de su forma de encarar siempre el tema que los distanciaba, se mostrara firme en su decisión de no claudicar una vez más. No hasta ver que Paula recapacitaba y tomaba el camino que la ayudaría y salvaría su matrimonio.

Es posible que sin mi intervención también lo hubieran logrado, pero ¿por qué no ayudar? Sé que el amor que los une es fuerte e indestructible, y gracias a él conseguirán que su mayor deseo, ese que anhelan y que tantas veces se ha visto truncado, se haga realidad. Será su milagro de Navidad, mi particular regalo.

Bego se alegrará durante el resto de su vida de ir esta noche a cenar con su familia. Nunca sabes qué te depara el destino, y a ella la sorprenderá en la figura de ese vecino desconocido que sus padres, en un gesto de solidaridad y buena vecindad, han invitado para compartir mesa. También ella recibirá mi presente: un buen hombre que la ame y con el que formar una familia, venga esta por el camino que venga.

Estamos en fechas en las que los sentimientos más nobles rebrotan en las personas de buena voluntad.

Reconciliación.

Solidaridad.

Paz...

¿Los sientes dentro de ti?

Y tal vez el más importante; el que, según mi entrañable amiga, mueve el mundo: la esperanza.

Dime... ¿Anida ella en tu corazón?...

La Navidad

Marisa Maverick nació en El Bierzo (León) y reside en el Campo de Gibraltar (Cádiz). Aficionada a la lectura desde la infancia, nunca se planteó tomar la pluma; pero por esos giros de la vida, y alentada por familiares y amigos, inicia su andadura en el subyugante mundo de la escritura con el relato *Esperanza*, perteneciente a la antología *Destinos Escritos*.

¿Azar, destino... o premeditación?, ¿Atracción, amor... o gratitud? y ¿Verdad, engaño... o quimera? conforman la *Saga Los Wadlow*, que se ve complementada con escenas nuevas en *Momentos Wadlow Inéditos*.

Actualmente se encuentra inmersa en varios proyectos editoriales que en breve verán la luz, entre ellos: *El secreto de la cueva*, cuento juvenil inspirado en los personajes de dicha saga y con ilustraciones de Lidia S Balado.

Puede encontrar más datos de la autora y su obra en:

Facebook, @marisamaverickescritora

Twitter, @MarisaMaverick

Página web, marisamaverick.wordpress.com

Página de autora en Amazon: <https://rxe.me/6LBEK7>

PAZ



Bea Melworren

22 de diciembre de 2016

Nora llegó a casa agotada, con la angustia a flor de piel y de mal humor. Siempre que iba a un centro comercial le pasaba eso, más cuando tenía que estar demasiado tiempo allí, entonces los recuerdos la asaltaban y sentía la necesidad de hablar con cualquiera que quisiese escucharla para alejar de su mente aquello que la hería. Esa mujer que había conocido en la fila la miraba con un gesto serio, aunque le prestaba atención tratando de parecer cercana, veía el disgusto en su expresión, aun así se ancló a ella como si fuera un bote salvavidas y superó la dolorosa prueba de estar allí.

Y cuando ya estaban fuera, se encontraron con esa mujer o chica, no podría decir qué edad aparentaba, pero dolía ver a una persona en esas circunstancias. ¡Qué pena de lotería!, si le tocase un pellizco podría ayudar a tanta gente, incluida ella misma; podría dejar atrás su trabajo y viajar, perderse por el mundo tratando de superar lo de Diego, lejos de los dolorosos recuerdos. Pero no, de nuevo sacó los boletos de uno de los bolsillos de su abrigo negro y revisó los números para comprobar, con la ayuda de su móvil, que ni siquiera había recuperado una parte de los cien euros gastados en la Lotería de Navidad.

Volvió a guardar los arrugados boletos en su abrigo negro, recogió los paquetes y, tras dejar las llaves en el aparador, junto a su bolso, se dirigió hasta su habitación, al fondo del largo pasillo.

Dejó las bolsas con los regalos de navidad sobre la cama y comprobó la hora: las ocho y cuarto; en quince minutos llegarían su esposo, Juan, acompañado de la hija de ambos: Alma. Así que con rapidez se desvistió, se puso el pijama y fue a la cocina de aquel piso en las afueras de Madrid, que ya no sentía como su casa, a preparar algo decente para cenar, esperando que

Alma no se hubiese dedicado a comer «comida basura» con sus amigas; mas que otra cosa podía hacer si tenía doce años, estaba en edad de hacer eso, pero le desagradaba demasiado. ¿En qué momento dejó de ser ese adorable bebé que tanto se aferraba a ella, que no la dejaba espacio para ir ni al servicio, que no quería compartirla con nadie?

Esos días habían volado junto con la inocencia de los primeros años, el aprendizaje y las risas, y lo echaba de menos. Alma era una adolescente malhumorada y ceñuda que trataba de conseguir su independencia a golpe de desafío, y Nora aún no estaba preparada para dejarla marchar. Había demasiados peligros en el mundo como para soltar a su niña en él. Por lo que se pasaban los días, las semanas y los meses discutiendo por todo, en un constante tira y afloja que la desgastaba y cabreaba a partes iguales.

Suspiró sacando de la nevera la verdura para la cena, se avecinaba nueva bronca con su hija, puesto que las odiaba y, mientras tanto, Juan de espectador ausente, nunca se posicionaba, nunca ejercía como padre, nunca tenía nada que decir y, por supuesto, jamás le daba la razón.

Se afanó en la cena, apartando de su mente todo lo que la perturbaba, tratando de poner en práctica aquello de pensar en positivo que tanto le repetía Naia, su mejor amiga, y lo estaba consiguiendo hasta que su suegra, con su sonrisa irónica, se materializó entre sus pensamientos. Masculló entre dientes una maldición, le esperaban días de comer como «cerdos» a cuenta de la señora y escuchar sus constantes críticas hacia ella y su manera de manejar el pequeño núcleo familiar.

La rabia invadió a Nora mientras se imaginaba a su madre, ¡qué injusto fue perderla tan pronto!, pero más el hecho de que jamás conoció a su nieta o que tampoco ella pudiera verla. Poco a poco se había ido convirtiendo en su réplica, hasta el pelo de un dorado tostado acabó cortándose como ella: una media melena por encima del hombro. La echaba de menos todos los días, pero eso no la servía de nada, no estaba a su lado; pero sí su suegra, la misma que no la valoraba un ápice y trataba de fingir que la apreciaba, mientras su

querida y solterona hija le hacía los coros y Juan ignoraba la situación adrede; era imposible que él no se percatase de las ironías y comentarios de ambas.

Era una gran mierda todo; así se le hacía imposible ser positiva, no tenía motivos para ello.

—¡Maldita sea! —exclamó al mirar la hora en el gran reloj de la cocina y golpeó con tanta fuerza la cazuela que rompió la cuchara de madera. Por un segundo se quedó paralizada, mirando lo que acababa de hacer, sin entender cómo podía haberla partido con tanta facilidad. Sacudió la cabeza apartando la confusión que sentía, recogió las dos partes, las tiró a la basura, que estaba debajo del fregadero, y cogió otra del cajón beige.

Eran casi las nueve y no habían aparecido todavía, volvió a pensar mientras intentaba no enfadarse; resopló y trató de controlar su ansiedad, sin mucho éxito. Dejó la cocina y fue a su habitación, a buscar el móvil, aunque sabía lo que iba a encontrar en él, aun así lo cogió con preocupación y abrió la aplicación de mensajes: nada, ni un simple «ya llegamos».

Tuvo que contenerse para no lanzar el teléfono y hacerlo añicos contra el suelo, regresó por el pasillo hasta la amplia cocina y bajó el fuego a las verduras, antes de que acabaran calcinadas. Respiró hondo varias veces, tratando de calmarse, sin conseguirlo; cuanto más miraba el reloj de pared, más se enfadaba. Estaba a punto de estallar cuando oyó la llave en la cerradura y a su familia entrar en casa, divirtiéndose, riendo, obviando su malestar, aumentándolo con su despreocupación.

—¿Mamá?

Los vio aparecer en la cocina antes de que pudiera contestar y Alma arrugó la nariz, anticipando su actitud hacia la cena.

—Son las nueve y media —comentó Nora mirando directamente a Juan, deseaba gritarle, incluso insultarle; pero por respeto a su hija no iba a hacerlo y toda la ira se le estaba acumulando en la garganta.

—Mañana no hay clase.

—¿Y? ¿Ya le has dicho a tu padre que has suspendido dos asignaturas?

Pero no cualquiera, ¿verdad? Lengua y matemáticas ni más ni menos, a ver cómo las recuperas en el segundo trimestre.

—Nora, se está adaptando al instituto, no seas tan dura con...

—Tiene que estudiar, dejarse de rollos y nada de salir hasta las ¿nueve y media? ¡¿Estamos locos?!

—Está de vacaciones. —Era indignante, Juan nunca se posicionaba, no le importaba nada, ni las notas, ni los deberes, ni las tutorías; y en ese instante parecía querer ganarse a su hija a base de ¿comprensión? No, eso era dejadez.

—Unas vacaciones que no se merece, ¡pon la mesa! —ordenó Nora.

—No.

—¿Cómo?

—Que no, no voy a cenar, así que mejor me marcho a mi cuarto.

La vio salir de allí sin saber qué decir, era la primera vez que la desafiaba de aquella manera, algo tan nuevo como aterrador. Poco a poco se iban distanciando y eso era una muestra evidente de que su hija se estaba convirtiendo en una adolescente malcriada que había que...

—Déjala —le pidió Juan, atrayendo la atención de su mujer, que lo miró sin ocultar su desdén hacia él—. Esta agobiada, instituto nuevo, reglas distintas, evaluaciones, deberes... Se merece un descanso.

—Sí, lo justo para ser una mediocre.

En cuanto dijo esas palabras Nora se arrepintió, era lo que le repetía su madre y aún recordaba lo mal que se sentía cuando esta se las decía o gritaba, dependiendo de lo enfadada que estuviese en ese momento. Sí, cada vez se parecía más a ella; y había cosas que no le agradaban en absoluto.

—Eres muy injusta, Nora —señaló, sabiendo que atraería hacia él las críticas y los desplantes de su mujer, pero estaba harto de aquello, de su ansiedad, de sus nervios, de la manera en que lo despreciaba... No, ella ya no era aquella joven de la que se enamoró, se había convertido en una persona amargada que, con su actitud, oscurecía todo a su alrededor.

Cogió dos platos del armario y los cubiertos del cajón, los colocó sobre la

mesa blanca de la cocina y apagó el fuego sin mirarla. Poco a poco se estaba desenamorando de ella, lo notaba y luchaba contra ello cada día, buscando todo lo bueno que había en Nora. En lo más hondo de su ser aún apostaba por ellos como pareja y deseaba salvar su matrimonio, pero cada vez le era más difícil aquella situación.

—La estás perdiendo y te vas a arrepentir de ello. Aunque tal vez sea eso lo que pretendes...

Nora reaccionó, cogió la cazuela y la puso frente a los platos. En el fondo de su alma sabía que él tenía razón, que sus palabras eran acertadas, pero aún no había llegado a ese fondo, se resistía a sumergirse en su realidad y se escudaba en normas y órdenes como si así pudiese solucionarlo todo, mantenerlos a salvo y proporcionarles una buena vida.

Sirvió la cena sin decir nada, se sentó a la mesa y comenzó a comer sin esperarle, con el ceño fruncido. Juan tomó asiento frente a ella, pero ni lo miró. Él nunca tomaba partido y, sin embargo, aquella noche lo estaba haciendo; la enfrentaba. ¿De dónde había sacado el carácter? Resopló, atrayendo su mirada.

—Sé que te pone nerviosa lo de los centros comerciales, pero...

—Déjalo —ordenó sin alzar la vista hacia él, si lo hacía acabaría diciéndole todo lo que tenía guardado desde hacía tres años.

—Nora —la llamó él, herido por su permanente rechazo.

—No quiero oírte —contestó sin filtrar ni adornarlo.

—Pero debemos hablar, esto no funciona.

Ella levantó la vista hacia él, asombrada por sus palabras. No, Juan no tenía agallas para decir eso, sin embargo, lo acababa de hacer y parecía tener mucho más que decir; dejó a un lado el tenedor y cruzó los brazos, esperándolo.

—Habla —mandó al ver que no continuaba.

—No puedo seguir así —soltó él sin pensarlo más. Llevaba demasiado tiempo dando vueltas a lo mismo, no era feliz y no quería continuar viviendo

de esa forma—. Sé que lo que pasó fue horrible, pero nos está destruyendo, nos aleja cada día más, a ti de mí y de nuestra hija, debemos luchar por ella, por nosotros. Debemos seguir viviendo.

—¿Así de fácil? ¡Qué rápido se olvidan las cosas! ¿Qué son tres años frente a los siete que tuvimos a Diego? ¿Crees que puedo olvidarlo? ¿Que puedo pasar página sin más? Sin saber dónde está; qué le están haciendo; cuánto ha sufrido o si, simplemente, ha muerto. Así, tan fácil como... ¡vamos a superarlo!, como... sigamos adelante, dejémosle en el pasado, guardemos sus cosas y olvidemos que existió. ¡¿Cómo puedes pedirme eso?!

—No te pido que lo olvides, cariño, yo también...

—Sí, claro, tú también le echas de menos —señaló Nora entre dientes, hiriéndolo sin pretenderlo. Pero tenía tantos reproches acumulados en su interior que en cualquier momento iba a explotar.

—Lo siento, Nora, nos sabes cuánto lamento lo que ocurrió, pero no puedo cambiarlo, por mucho que lo desee no puedo regresar a aquel día y actuar de otra manera.

—Sé que lo lamentas —murmuró ella, era lo único que podía concederle, le culpaba de ello, había faltado a su palabra, se entretuvo y gracias a ello perdieron a uno de sus hijos; aunque lo había intentado no lograba perdonarle, no lo conseguía, solo con verle revivía aquel día y todos los meses que siguieron, el dolor, la pena, la rabia...

—Y ¿ya está? ¿Solo lo sabes? ¿No merezco nada más?

—No me presiones —pidió, volviendo a enfadarse sin refrenarse.

—No lo hago, Nora, te he respetado durante tres años, es hora de poner remedio a todo esto, no soporto...

—¿Cómo se llama? —preguntó atravesándole con la mirada, notando cómo enrojecía confirmando lo que llevaba unos meses sospechando.

—Aún no ha ocurrido, tan solo hablamos por las noches —confesó Juan, sabiendo que no podía ocultarle nada y mucho menos eso, se conocían desde que eran unos críos, llevaban juntos casi veinte años, trece de ellos casados;

jamás se habían mentido y no iba a empezar a hacerlo.

—¿Y qué quieres que te diga, Juan? —cuestionó Nora, comprendiendo que esta vez estaba a punto de perder todo por lo que ambos habían luchado, aún le quería, pero la rabia que albergaba en su interior por lo ocurrido con Diego era más grande que el amor que sentía.

—Algo, lo que sea.

Nora negó con la cabeza, cansada y molesta.

—Esto no tiene ningún sentido, tú te dedicas a hablar con otra y debo ser yo quien te diga qué decir.

—Sí, me sería de gran utilidad que fueras sincera con esto y así saber cómo llegar hasta ti de nuevo —afirmó Juan deseando volver a tener esa complicidad que siempre tuvieron.

—No entiendes nada, no puedo...

—El que no puede más soy yo, Nora, pero aun así estoy dispuesto a intentarlo, sé que lo lograríamos si ambos pusiésemos de nuestra parte; te quiero, eso no ha cambiado, tan solo necesitas recordar quiénes somos y...

—Pides demasiado —señaló, cortando su acalorada explicación—. No puedo ser la que era, esa murió cuando Diego desapareció. Por más que lo he intentado no consigo perdonarte y no sé si algún día llegaré a ese punto, así que... —se detuvo, respiró hondo y durante unos segundos eternos deliberó sobre la situación en la que estaban.

No, ella tampoco era feliz, había perdido su buen humor, su deseo de progresar y avanzar en la vida. Su futuro, antes prometedor al lado de su familia, no era más que un borrón negro lleno de dudas, miedos y dolor, tan punzante que dudaba poder arrancarlo de su pecho en algún instante.

Lo miró, hacía meses que no lo hacía, y admiró al hombre sencillo y metódico que era Juan, siempre correcto, justo, enfundado en sus pantalones de pana y jerséis de pico. Vio su nerviosismo cuando se pasó la mano por el pelo negro, que tantas veces había acariciado; también observó sus ojeras, el rictus en su mirada, la sonrisa evaporada.

Nora suspiró, no podían seguir así, asintió con la cabeza, era el momento de cambiar aquello de la única manera posible.

—Lo mejor será divorciarnos, Juan, no quiero que seas desgraciado y yo no puedo ofrecerte más ni cambiar lo ocurrido.

23 de diciembre de 2016

Llevaba toda la mañana trabajando sin ver realmente la pantalla ni los números que tenía que cuadrar, en su mente se repetía una y otra vez la expresión de horror y desconcierto de Juan en cuanto le propuso el divorcio. Tan alucinado estaba que no supo qué decir y Nora se limitó a recoger su plato y marcharse a la habitación, esa que ya no iban a compartir después de las fiestas, pero hasta entonces, tocaba fingir para que «la señora» no se convirtiera en la bruja que era y comenzara a acosarla.

No durmieron juntos, aunque eso ya era algo habitual, se había acostumbrado a dormir sola, él siempre ponía de excusa que no quería despertarla cuando se quedaba hasta tarde en el ordenador; sin embargo, ella nunca lo creyó del todo, le oía, pero podía ver la mentira en sus palabras, esas que no se había atrevido a decirle hasta el día anterior: tenía una amiguita. Jamás imaginó que Juan podía traicionarla de aquella manera, ¿cuántas había habido en los últimos años? ¿Hasta dónde llegó con ellas? ¿Con cuántas se habría acostado?

Las numerosas preguntas sobre su nuevo descubrimiento no la dejaron dormir, se pasó la noche mirando las fotos de la red social de su marido con el móvil, intentando averiguar quién era la otra.

A la mañana siguiente, después de una ducha demasiado corta que no logró despertarla del todo, se encontró el café recién hecho en la cocina y una nota en la que Juan le explicaba que había ido a buscar a «la señora» y Alma lo acompañaba. Así que se bebió el café cortado casi de un solo trago y salió de allí, pensando que en el trabajo no tendría que lidiar con los acontecimientos recientes, pero se equivocaba, no podía apartarlos de su mente en ningún instante.

A las dos en punto declinó la invitación para comer de Carla, su compañera de trabajo y la única con la que se llevaba medianamente bien, recogió su bolso y caminó por la Gran Vía hasta la casa de Naia, su mejor amiga. Si no estaba equivocada, estaría justo en ese instante haciendo yoga y esperaba poder unirse a ella, lo necesitaba, al igual que requería contarle a alguien lo ocurrido la noche anterior.

Diez minutos después estaba sentada en una esterilla en el diáfano salón blanco de su amiga que, con mirada interrogante, trataba de averiguar qué hacía Nora allí la víspera de Nochebuena.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Naia cuando vio que ella no soltaba ni una palabra.

—Le he pedido el divorcio —contestó Nora, sabiendo que ella lo desaprobaría.

—¿Que has hecho qué?!

—No puedo más, no lo soporto, no quiero que me mire ni que me toque, y encima anoche se puso de parte de Alma, cuando era a mí a quien debía haber apoyado. Estoy harta de todo y de todos; y por si fuera poco, de regalo su madre, a tocar bien las narices durante más de quince días cuando podría quedarse con su hija solterona, que tiene mucho más sitio y a la que quiere bastante más que a mí.

—Nora, hace tiempo hablamos de esto, deberías haber propiciado antes un acercamiento; pero ni lo has intentado —reprochó Naia, cansada de ver sufrir a su amiga.

Aún la recordaba tal y como era antes de que su hijo desapareciera: una mujer vital, jovial, alegre y, sobre todo, feliz. La primera vez que la vio se contagió de esa amplia sonrisa y su manera de ver la vida... Dos meses después esa Nora estaba muerta y enterrada, y apareció la que era capaz de plantearse un divorcio sin despeinarse siquiera.

—¿Tú podrías? Imagínate cómo me sentí cuando Diego desapareció, cuando no le encontramos. Los días, los meses que pasé buscándolo y él... un

mísero lo siento y al cabo de un mes me dejó sola tratando de hallarle.

—Te comprendo, pero él no te dejó sola, debía volver a trabajar y, aun así, cada día salía a buscarle contigo.

—No lo suficiente.

—Eres demasiado dura con él, no quiso perderlo; quiere a Diego tanto como tú —lo defendió, refrenando el impulso de zarandearla. Llevaba meses alabando a Juan y ella no parecía asimilar nada de lo que le decía.

Nora la miró con sus marrones ojos entrecerrados, sin comprender por qué su mejor amiga, la que tendría que estar a su lado incondicionalmente, le hablaba de esa manera.

—Me está engañando con otra.

—No es posible, él te adora.

—Dice que solo hablan, pero yo sé que pronto cruzará la línea, todos lo hacen, quizás ya lo ha hecho con otra antes, ¿cómo voy a confiar en él ahora? Lo mejor es acabar con esto, hacer las cosas bien, llegar a acuerdos y terminar con esta mentira.

—¿Y Alma?

Se le formó un nudo en la garganta al pensar en su hija, tan parecida a ella tanto física como en el carácter, por eso chocaban; por eso y por las hormonas preadolescentes que bullían por su cuerpo. Aun así, la adoraba y no quería perderla, pero cuando Juan se fuera de casa empezarían las noches, sola; los horarios de visita; los chantajes y las peleas.

—¿Qué harás si decide vivir con su padre? —Abrió la boca, incrédula—, puede hacerlo y si lo decide, no podrás oponerte.

—Eso... no, no creo...

Pero sí, sabía que era muy probable, Alma y ella estaban muy separadas, no hablaban el mismo idioma y adoraba a su padre.

—¿Qué hago entonces? ¿Me paso toda mi vida anclada a un matrimonio que ya no lo es por no quedarme sola?

—Yo no puedo responderte a eso, Nora, eres tú quien elige sobre tu vida.

Hace tres años pasó algo horrible, algo que nunca podrás olvidar ni superar y desde entonces no has vivido, no has sentido; te has limitado a dejar que el tiempo pase frente a ti, olvidando todo lo demás, y te entiendo... Nadie debería sufrir la pérdida de un hijo, pero debes seguir adelante, por ti, por Alma y por Juan. Ellos también te necesitan.

Nora tragó saliva mientras las palabras de su amiga resonaban en su cabeza, tenía razón y lo sabía; aunque llevaba tanto tiempo negándose a pensar en ello, por lo doloroso que le resultaba descubrir todo lo que había perdido en los últimos años, que tenerlo frente a ella la dejó aturdida y cabizbaja.

—Estoy confusa, Naia —señaló tras unos minutos de silencio que su amiga respetó.

—Piénsalo y después habla con Juan, solo vosotros dos seréis capaces de averiguar si podéis seguir juntos, yo creo que sí, pero esa es solo mi opinión.

Asintió ante sus palabras y miró su reloj; las tres, aún tenía una hora por delante antes de volver al trabajo y terminar la jornada.

—¿Me acompañas a comer algo?

—Claro, dame unos minutos y me quito las mallas.

Vio que Naia iba hacia su habitación, se levantó de la colchoneta y se acercó al amplio ventanal, sin dejar de pensar en lo que ella le había dicho. Llevaba meses intercediendo por Juan y su matrimonio malherido sin éxito, puesto que ella no estaba dispuesta a ceder, no conseguía perdonarle su descuido, pero iba a perderlo y dolía; su corazón agonizaba ante lo que ella misma había propuesto.

Siempre pensó que Juan era su destino, un destino escrito e inamovible que llegó a ella pronto, era su primer amor, el que le abrió las puertas y le conquistó el mundo solo por verla sonreír. Su hombre.

Apoyó la frente en el frío cristal y dejó que una lágrima rodara por su mejilla mientras recordaba los mejores momentos de su matrimonio, ese que estaba dispuesta a romper. No, no estaba convencida de nada, pero no había vuelta atrás, ¿o sí?

Estaba demasiado confusa, una idea rebatía a la siguiente, su corazón peleaba con su razón, sus deseos rivalizaban con el miedo y el odio, ¿hasta cuándo podría vivir así? Y para colmo tenía que enfrentarse a todo esto justo cuando «la señora» iba a tomar por asalto su casa, resopló y cerró los ojos tratando de apartar de ella la desazón que le producía pensar en su suegra, pero fue en vano.

Salieron del piso diez minutos después y se sentaron a disfrutar de una frugal ensalada, obviando el tema de la separación. Nora apenas podía comer solo de pensar en lo que le esperaba en los próximos días y, aunque intentaba estar tranquila, era en vano. No soportaba a «la señora» y esta la odiaba por haberle quitado a su hijito.

«Ojalá nunca lo hubiese hecho», pensó mientras se despedía de Naia para volver a la oficina. Por primera vez desde que conoció a Juan se arrepentía del camino escogido, de convivir con él. Su matrimonio estaba muerto y no había nada que pudiera hacer para revivirlo... ¿O estaba equivocada?

El resto de la jornada laboral pasó con rapidez, tanta que pronto estuvo en su cita de todos los veintitrés de diciembre, mirando sin ver a la gente que hacía las últimas compras, recordando el pasado y sintiéndose muy culpable.

Lo odiaba, pero cada vez que llegaba ese día volvía a aquel centro comercial y se sentaba hasta que las siete de la tarde marcaban el momento en que Diego desapareció de sus vidas. Cerró los ojos mientras reprimía las lágrimas y se mordía el carrillo para no soltar toda su angustia con mil sollozos. Dolía mucho, demasiado, pero se negaba a seguir adelante como si nada hubiese pasado.

Ella tenía dos hijos, no uno; pero Diego un día desapareció en aquel centro comercial y nadie pudo encontrarlo. Alguien se lo llevó, rompiéndole el alma en pedazos.

Miró el reloj, debía volver a casa, enfrentarse a «la señora», ver la cara de decepción de Juan y la de disgusto de Alma... Un panorama desalentador y angustiante, pero ¿qué importaba? A ellos nada, por más que el primer año en

el que Diego ya no estaba con ellos les explicó que necesitaba calma y apoyo para superar las navidades, no la entendieron, no lo intentaron siquiera, «la señora» se quedó los malditos quince días, Juan ignoró su dolor y su hija era demasiado pequeña para pedirle un mínimo de empatía. Había que fingir que eran felices, que las navidades eran fabulosas, que todos estaban contentos. ¿Cómo podía ella ser feliz sin Diego?

Nada era lo mismo sin él, pero era demasiado pedir que se pusieran en su lugar, que dejaran de cantar villancicos y preparar regalos insulsos. El único regalo que podría hacerla volver a la vida era tener a Diego con ella, y sabía que eso no era más que una esperanza vana. Él no iba a volver y tenía que soportarlo.

Se levantó de aquel lugar y se despidió mentalmente de su hijo hasta el año siguiente, en donde volvería a ir y a torturarse con los angustiantes recuerdos de aquel día y todos los que le siguieron.

Justo antes de irse se acordó de una cosa que le faltaba, había comprado regalos para Juan y para Alma, pero no para «la señora» y seguramente su marido ni siquiera se habría molestado en mirar un regalo para su madre. Así que, a regañadientes, entró en la joyería y compró lo más extravagante y grande que encontró: un medallón que haría las delicias de su suegra, y por fin pudo irse de allí, llevándose sus dolorosos recuerdos con ella.

El trayecto en coche se le hizo eterno, llegó a casa agotada, cansada y con la bolsa del regalo en la mano. Eran las nueve de la noche, pero al menos se había quitado ese peso de encima y mañana podría dedicarse a otras tareas, como huir de aquella casa y hacer cualquier cosa hasta la hora de la cena. Aún no había decidido qué iba a hacer y sabía que ni Alma ni Juan la acompañarían, pero no soportaba verse relegada en su propia casa, prefería huir a soportar los comentarios irónicos de «la señora» y ver cómo su casa dejaba de ser suya.

Su suegra se volvería la dueña y señora de la cocina, dejándola de lado y empezando a cocinar desde las ocho de la mañana. Ni siquiera podría tomarse

el café a gusto, a menos que se fuera a la calle y se diera un buen homenaje. Eso haría, junto con la última novela que estaba leyendo, así pasaría una buena mañana.

Sonrió ante su plan y recorrió el pasillo de puntillas para no alertarlos, necesitaba unos segundos a solas que la permitieran componer la sonrisa falsa y ganar un poco de compostura. Le encantaría gritar, echarla de allí, a ella y a su hijo, y poder vivir esos días sin celebrarlos, pasando por ellos como el resto del año; pero no podía, así que entró en su habitación y dejó sobre la cama la bolsa junto a su abrigo y el bolso marrón.

Respiró, tratando de calmarse como decía Naia que debía hacer en los malos momentos y se tomó con calma el ponerse el pijama. Se desmaquilló y cepilló la melena dorada, colocó el regalo en el armario, colgó el abrigo y el bolso... y quince minutos después ya no tuvo más excusas para retrasar el momento. Podría ponerse en Internet o revisar sus mensajes, pero solo estaría aplazando lo inevitable y cada vez le costaría más recorrer el pasillo y saludarla, así que decidió hacerlo de una vez.

Salió de allí, volvió sobre sus pasos y abrió la puerta del salón sin pensarlo dos veces.

Velas, pétalos de flores, música ambiental y Juan en medio del salón, elegantemente vestido con un traje negro que llevaba años sin ponerse y una rosa entre las manos. Nora se quedó paralizada al verlo, era como retroceder cinco años en el tiempo, cuando aún se tomaban algún día para recordar quiénes eran y cuánto se querían. Iban al cine, se tomaban de las manos, hacían el amor hasta el amanecer...

Miró su pijama viejo de color verde, estaba totalmente fuera de lugar en ese instante.

—Estás preciosa, como siempre —dijo Juan avanzando hacia ella para darle la flor y alargar su mano, con la esperanza de que la cogiera, de que quisiera dejar en el olvido la idea de divorciarse y accediese a darle una nueva oportunidad.

Sabía que la había decepcionado al perder a Diego, aquel día aún estaba grabado en su mente, podría repetir hasta el último segundo antes de darle esa media hora que le pidió su hijo en los recreativos, estaba con un amigo del colegio. ¿Cómo iba a pensar que se alejaría de allí?, que alguien se lo llevaría y lo alejaría de ellos.

Se aborrecía por ello, cada día era una tortura, más viendo a Nora sufrir por su culpa. Le había dado tiempo para que lograra perdonarle, pero ella no lo consiguió, ¿cómo podría, cuando él no lo había logrado aún?

Se miraron con intensidad, habían perdido la capacidad de hablar, no lo hacían desde hacía años. Nora no sabía qué hacer ni qué decir, estaba descolocada ante el gesto de Juan. ¿Dónde estaba «la señora»?

—Se ha quedado con mi hermana —contestó Juan a la pregunta no formulada de su mujer— y Alma también quería pasar la noche allí, le di permiso, espero que no te parezca mal.

—¿Solo hoy?

—Alma sí, solo hoy; mi madre se quedará los quince días con Leire. Se lo propuse yo, y aunque no le ha gustado demasiado...

—Bien —murmuró Nora completamente descolocada.

No podía dejar de mirar la mesa del salón tan bien decorada, con la cena esperándolos... Como en sus primeros años viviendo en pareja, cuando lo único importante era estar juntos, pasar un rato agradable, reírse de todo y de nada.

—Se va a enfriar el rissoto —dijo Juan, alentándola a entrar de una vez en el salón.

—Mi plato favorito.

—Sí, siéntate, por favor.

Nora aceptó, abrumada por un gesto tan simple, pero que llevaban años sin disfrutarlo. No, las cenas se habían convertido en una batalla campal entre ella y Alma, era imposible saborearlas mientras su hija se quejaba de la comida y Juan se refugiaba en su teléfono.

Respiró hondo, aunque lo intentase estaba resentida con él y no sabía si iba a conseguir relajarse lo suficiente como para disfrutar de aquel detalle. Se sentó frente a él y metió el tenedor en la comida, cogió un poco y, al probarlo, la explosión de un sabor conocido y anhelado en su boca la estremeció.

Comieron en silencio, con calma, mirándose de reojo y sin saber qué decir a quien tenían en frente. Necesitaban aquel instante, en realidad necesitaban muchos momentos como ese para reconstruir aquel par de corazones heridos que ya no sabían si su amor era fuerte o no.

Nora miró los últimos granos de arroz en su plato y suspiró sonoramente, no sabía qué decir y estaba segura de que cualquier cosa sería motivo de discusión, así que permaneció callada, jugando con el tenedor y los restos de su deliciosa comida, tratando de descifrar qué más sorpresas tenía Juan para ella.

—¿Te ha gustado? —preguntó él, sacándola de sus pensamientos.

Alzó la mirada para observarle, en otro tiempo adoró aquellos ojos, aquella sonrisa sincera, la manera en que la mimaba y cuidaba. En otro tiempo, una cena como esa llevaría a horas de sexo y risas, a amor del de verdad.

—Sí —contestó con parquedad mientras su mente la amonestaba por estar pensando en algo que no volvería, «esos tiempos» ya no existían, ni siquiera ellos eran los mismos.

—Me alegro.

—Juan, yo...

—No —señaló interrumpiéndola—. Esta vez empiezo yo a hablar, Nora. —Apoyó el tenedor en su plato vacío y tomó aire, de ese instante dependía su matrimonio y estaba dispuesto a luchar por él—. Entiendo tu dolor, cielo, pues es el mío también. Jamás me imaginé que Diego pudiese perderse de aquella forma; jamás pensé que se alejaría de allí, cuando normalmente siempre estaba tan absorto por aquel lugar que había que sacarle casi a rastras. Le di media hora, ni siquiera estaba solo, pero todo salió mal y desde entonces estamos

viviendo esta locura, sufriendo por él, y nada ni nadie puede aliviar esa pena.

»Sé que nada que pueda decirte ahora... bastará para limpiar los últimos tres años de nuestra vida y, aunque entiendo tu deseo de divorciarte, te pido que lo consideres una vez más. Que sigamos adelante, que lo intentemos por nosotros, por lo que fuimos, por cuánto nos amamos... Te quiero, Nora, más que a mí mismo y no me imagino perderte de esta manera tan injusta.

Tras su declaración se quedó callado, observando los cambios en la expresión de su mujer, estaba desconcertada, lo miraba como si le hubiesen salido dos cabezas de repente.

—Te lo digo en serio, Nora —le aclaró, deseando que lo entendiese y decidiese quedarse a su lado.

—Pero tienes a otra —señaló en un murmullo.

—No, es solo una amiga, jamás ha habido insinuaciones ni por mi parte ni por la suya, simplemente me ha estado escuchando cuando no había nadie con quien hablar.

—Yo estaba aquí —afirmó en el mismo tono de voz.

—No, estabas en tu mundo y era imposible traerte de vuelta al nuestro. No pretendo juzgarte, es normal después de lo que nos ha pasado, pero necesitaba a alguien con quien compartir mi dolor y apareció ella, tendiéndome su mano, escuchando mis pesares, sosteniendo mis malas noches.

—Ya, es solo que al saberlo me sentí traicionada, pensaba en ti y en ella, en esa complicidad que deberías tener solo conmigo.

—Pero no estabas, ni yo para ti... Deberíamos haber ido a terapia cuando nos lo propusieron.

—¿A contar el qué?

—Todo, lo que sentíamos, lo que estábamos viviendo, cómo nos afectaba como pareja, como padres de Alma... Estamos a tiempo, Nora, solo tienes que querer quedarte y espero que lo hagas, te lo ruego.

Nora se levantó de la silla de un salto, estaba confusa, la herida de nuevo sangraba ahí en su pecho. El dolor se hacía cada vez más presente y profundo,

mezclado con otro nuevo e intenso: el miedo a perderlo a él también. Lo fácil sería dejarlo todo atrás, vender la casa, incluso mudarse de ciudad... Pero ninguna de esas cosas le devolverían a Diego, nada mitigaría su dolor porque este solo podía ser apagado si su hijo volviera.

Amaba a Juan, a pesar de lo ocurrido seguía queriéndole, lo que había sentido al saber que él hablaba con otra eran celos desgarradores ante la idea de perderlo, pero ¿acaso ella no le había insinuado el divorcio? Sí, lo había hecho, en un momento de enfado y confusión, pero sin estar convencida de ello.

Juan la vio pasear frente a él, hasta que no soportó por más tiempo su silencio, prefería sus gritos mil veces antes que el vacío que se había instalado entre ellos. Se levantó de su silla, traspasó los pocos pasos que los separaban y la sujetó con delicadeza por el brazo, recibiendo de ella una mirada aterrada.

—¿Me quieres? —se aventuró a preguntar, esperando no llevarse una enorme desilusión.

—Sí —susurró Nora con firmeza.

—Entonces quédate, intentémoslo de nuevo.

—Y si fallamos...

—Al menos podremos decir que pusimos todo nuestro empeño en resurgir de las cenizas. No pienses que fracasaremos, para mí no es una opción.

—Eso dijiste el día que te declaraste.

—Sí, cariño, y si descuento los últimos años puedes ver que hemos sido muy felices juntos, aún nos amamos, Nora, ¿qué más necesitas para que estemos juntos?

—A nuestro hijo, ¿cómo puedo ser feliz sin saber cómo estará, qué le estarán haciendo, o si está vivo aún o no?

—No te pido que le olvides, jamás solicitaría algo tan cruel, sino que no me apartes de tu lado.

Un torrente de lágrimas calló por las mejillas de Nora, a pesar de todo lo

vivido, del infierno en que se habían convertido los últimos años, de la manera en que le había tratado y hablado... Juan seguía ahí, a su lado, firme y con una seguridad que la abrumaba. Tenía dos opciones: dejarle marchar y seguir en aquella lucha sola, o aceptarlo y tratar de sobrevivir juntos a la pérdida.

Sintió sus brazos estrechándola contra su pecho y los sollozos se intensificaron. Había pensado que no le quedaban más lágrimas, pero estas vinieron a desmentirla con una fuerza tan grande que de no haber estado Juan para sostenerla, no estaría en pie.

Lloraron juntos, limpiando sus almas, maldiciendo su mala suerte y las pésimas decisiones que los habían llevado a ese instante. Por fin sanaron y cuando el dolor se apaciguó fueron capaces de reafirmar su amor, de volver a hablar con el corazón y reencontrarse. Jamás debieron perderse, pero habían tenido la sabiduría de hallarse y volver a ser uno.

24 de diciembre de 2016

Estaban dormidos, fuertemente abrazados, disfrutando del sueño vespertino cuando los villancicos los despertaron sobresaltados. Nora sabía bien qué significaba: su suegra ya estaba en casa y seguramente su cuñadísima también; asaltando su cocina y poniéndolo todo patas arriba. Ni siquiera se habían tomado la molestia de llamarles para que se unieran a la fiesta.

Juan entendía la expresión seria y contrariada de su esposa, su madre siempre fue una mujer de carácter, pero en los últimos años se había vuelto arrolladora y él no sabía cómo ayudar a que la relación entre las dos fuese más sencilla y, por tanto, mejor de lo que era.

Le dio un beso en los labios y sonrió ante la pasión con la que ella se lo devolvió. Había sido una noche intensa, de juegos, sexo y dormir bastante poco. Se reencontraron de la mejor manera posible.

—Moriría por un café —murmuró Nora contra su pecho—, pero también me pasaría todo el día aquí, entre las sábanas, contigo.

—Ojalá pudiéramos hacerlo —dijo él a su vez—. No habría mejor plan que ese, te lo aseguro, pero...

—Tenemos a tu madre en la cocina y seguramente también a tu hermana.

—Lo siento —señaló al ver el reloj de la mesilla de noche, no eran ni las ocho de la mañana y ya se oían los ruidos que anunciaban la invasión.

—Estoy acostumbrada.

—El año que viene te invito a París por Navidad —dijo impulsivo, pero totalmente en serio.

—Te tomo la palabra, y tengo buena memoria, así que espero que...

—Te lo prometo —aseguró, volviéndola a abrazar contra él.

No quería perderse ese instante, si pudiera paralizaría el tiempo solo por

seguir así, junto a ella, felices.

—Huye conmigo —la observó sin comprender qué quería decir—. No creo que a tu madre le apetezca tenerme en medio mientras asalta mi cocina, ya sabes que no le caigo demasiado bien, así que había pensado en salir a desayunar y quizás comer algo fuera de casa. Todos contentos.

—¿Eso pensabas hacer hoy?

—Sí, es lo que llevo haciendo este último tiempo, es raro que no te hayas dado cuenta. —No pudo evitar el tono de reproche en sus palabras, pero la intromisión de «la señora» en su casa, rompiendo el momento romántico, la había puesto de malhumor.

—Lo siento —señaló de nuevo, había tanto por lo que debía pedirle perdón que solo esperaba que ella tuviese la paciencia y la generosidad de aceptarlo.

—Lo sé, es solo que...

—Que ha sido demasiado duro para ti, lo entiendo, Nora, pero conseguiremos superar esto, estoy seguro de ello —señaló abrazándola, no quería soltarla, habían llegado a una tregua muy necesaria para ambos y su malherido matrimonio.

Nora se dejó querer, sintiéndose feliz como hacía años que no se sentía, lo necesitaba y no había sido consciente de ello hasta ese instante. Pero pronto la magia se esfumó, las voces de quienes ocupaban su cocina se elevaron acompañadas de estridentes villancicos. Nora se estremeció, desearía parar el tiempo justo donde estaban, pero era imposible; así que reuniendo todo el valor que le quedaba, se levantó para darse una larga ducha y comparecer ante su «exquisita audiencia».

Quince minutos después estaban listos para dar la bienvenida a «la señora», con las manos entrelazadas recorrieron el pasillo hasta la cocina y allí encontraron a la madre de Juan junto a su hermana y Alma.

Las tres los miraron atónitas, pero la peor cara era la de «la señora». Había visto tan cerca el divorcio de su hijo, y por tanto el recuperarle, que

nunca pensó que podrían llegar a reconciliarse. Jamás le había gustado Nora: demasiado simplona y con mal gusto, con ideas raras, e incapaz de mostrarse agradecida por lo que ella hacía. Aunque si era sincera consigo misma, ninguna mujer era digna de su Juan; pero él se empeñó en casarse, dejándola sola en Toledo para vivir en la capital, obviando sus recomendaciones. Lo único bueno que había surgido de esa relación fueron sus nietos, a los que adoraba a pesar de ser hijos de... esa.

—Ya era hora —dijo Leire confusa; no parecían a punto de separarse, como había insinuado su hermano el día anterior.

—¿No creéis que es demasiado pronto para poneros a cocinar? —preguntó Juan sorprendiéndolas a todas.

—Hay mucho que hacer —se defendió Sara, reaccionando con rapidez, aunque atónita por la actitud de su hijo, no era normal que él mostrase su desaprobación sobre lo que ella decidía.

—¿Para cinco personas? —Si antes estaban sorprendida, las acababa de dejar sin habla—. Luego estamos comiendo sobras recalentadas cinco días, así que te pido que no te excedas, mamá, no es necesario.

—Yo creo...

—Es sencillo, mamá. Prepara lo justo y ya está, mientras tanto os dejamos aquí, Nora y yo nos vamos a desayunar, a dar un paseo y no volveremos hasta la tarde. Alma, ¿quieres venir con nosotros?

—No me apetece demasiado —contestó la pequeña de la familia—, preferiría ir a ver a Natalia un rato, aunque estoy...

—Ven a desayunar con nosotros y después te acercamos, ¿te parece? —dijo Nora conciliadora, deseando volver a conectar con esa hija a la que había desatendido a nivel afectivo durante el último tiempo.

No, no lo había hecho nada bien, no se sentía orgullosa de cómo los había tratado, y esperaba poder compensarles por ello.

—¡¡Genial!! Me voy a preparar.

Alma salió de allí corriendo, de pronto el día se había vuelto un poco más

divertido. Aunque adoraba a su abuela y a su tía, el ambiente siempre estaba enrarecido cuando se juntaban con su madre, así que al final no lo disfrutaba en absoluto.

Sara, la madre de Juan, miró a la pareja..., que parecía haber retrocedido diez años en el tiempo: se tocaban, se sonreían, se mostraban cariño aun estando ellas delante, sin importarles que estaban viéndolos. No podía evitar enfurecerse, había estado tan cerca de recuperar a su hijo, lo deseaba tanto, que no podía alegrarse por él. Se giró para dejar de ver la escenita de enamorados que insistían en venderle.

Los diez minutos que tardó Alma en prepararse se hicieron eternos, en silencio, con furiosas miradas de ida y vuelta por parte de «la señora» hacia Nora, que trataba de ignorarlas, recordándose una y otra vez que lo que le importaba era su familia y no el resto del mundo. Suspiró justo cuando su hija volvía a la cocina, se despidió sin entusiasmo y salió de allí, necesitando el aire frío de Madrid y un buen chocolate con churros.

La mañana pasó tan rápida y fue tan estupenda que la pareja estaba en una nube. Después de desayunar y dejar a Alma con su amiga, recorrieron el centro de la ciudad, disfrutando del ambiente navideño. Comieron en un italiano sin prisa, saboreando cada plato, hablando de ese pasado que ambos deseaban recordar hasta que apareció el nombre de Diego y los dos se desmoronaron.

—Le echo de menos —confesó Juan entre dientes mientras pagaba la cuenta.

—Yo también, cada día —confirmó Nora y miró el reloj con cierto disimulo.

—Aún es pronto.

—Sí, solo es... Déjalo, es una bobada —dijo ella agitando la cabeza, tendría que posponer su plan para el día veintiséis.

—¿El qué?, ¿querías hacer algo y no me he enterado?

—Bueno, había pensado pasar por la comisaría, es una locura, pero siento

la necesidad de preguntarles si saben algo sobre nuestro hijo. Pero ya iré el lunes o, mejor dicho, el martes —afirmó, recordando que el veintiséis era fiesta.

Juan se alzó y le ofreció la mano, ella no dudó en cogerla y dejarse guiar hacia la salida. Caminaron hasta llegar al coche, tomaron asiento y Nora le dejó elegir el siguiente destino, ya que ella llevaba todo el día sugiriendo qué hacer.

Nora ni siquiera miraba a la carretera, estaba absorta en su móvil, observando las fotos de su hijo, como era... De nuevo, aquellas fiestas volvían a teñirse de dolor y rabia, no quería celebrarlas, tenía poco que festejar, salvo su reconciliación con Juan y eso prefería hacerlo en privado, solo les incumbía a su marido y a ella.

Cuando Juan aparcó frente a la comisaría, lo miró asombrada. Él había perdido la sonrisa, pero aun así no dudó en abrirle la puerta del copiloto y esperar a que ella recuperase la valentía para poder entrar allí y preguntar si sabían algo. ¿Qué podía haber cambiado en un mes? Nada, seguramente, pero no perdía la esperanza, no hasta que el policía le decía ese *no* que la desgarraba por dentro.

—Estoy contigo —murmuró Juan junto a ella.

—Lo sé, gracias.

Sin duda era mucho más sencillo con él a su lado, pero con su actitud y su desdén lo había apartado de ella; fue su manera de actuar y, aunque no estaba orgullosa de ello, debía perdonarse.

Entraron para volver a salir minutos después, desolados, mudos, aferrados el uno al otro, a punto de caer en la desesperación y la angustia...

¿Dónde estaba su hijo?

¿Qué habían hecho con él?

¿Quién había sido tan canalla de llevárselo?

El regreso a casa lo hicieron en silencio hasta que recogieron a Alma de casa de su amiga, entonces el coche se llenó de anécdotas juveniles sobre el

novio de Natalia. Nora no pudo evitar estremecerse, hacía un año su hija estaba pidiendo una Barbie para Navidad y solo doce meses después hablaba de novios y fiestas. Un cambio demasiado grande para asimilarlo en los pocos minutos que tardaron en llegar a casa; aunque debería esperar, porque tampoco era algo que pudieran hablar delante de «la señora», que no dudaría en tratarla de mala madre en cuanto saliera el tema.

Aparcaron con facilidad y se apearon del coche, caminaron con rapidez hasta el portal acristalado para evitar el frío que hacía y allí se encontraron con Naia, que sujetaba un par de bolsas mientras llamaba al timbre de la casa de su amiga, sin resultado alguno.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Juan totalmente descolocado antes de que Nora pudiera saludarla.

—He sido invitada por ella —confesó con una sonrisa al ver al matrimonio de la mano.

—¿Qué? —cuestionó él confuso y sintiendo cómo el miedo corría por sus venas. No podía ser cierto, justo cuando se reconciliaba con su mujer, aparecía ella, la única que podría poner todo del revés.

—¡No me lo puedo creer! —señaló Nora mirándolos alternativamente—. ¿Tú eres la otra?

Naia asintió, guiñándole un ojo y Juan enrojeció aún más.

—Nunca pasó nada, Nora, te lo aseguro, solo hablamos —se apresuró él a justificarse—, muchas veces, durante horas interminables, pero jamás hubo nada sexual...

—¡¡¡Papá!!! —exclamó Alma con cara de asco ante lo que Juan decía.

—Cielo, por favor, estoy tratando de explicarle a tu madre... —Nora se echó a reír, agradecida y aliviada al saber que Naia era la otra, la misma que llevaba años instándole a perdonar a su marido, que jamás le había criticado, que siempre intercedía por él, sobre todo si estaba furiosa, entonces ahí se volvía implacable.

—Gracias —dijo cuando pudo dejar de reírse—. Juan, si hay alguien en

quien puedo confiar, aparte de ti, es en ella; así que tranquilo, podéis seguir hablando si así lo deseas, o quizás mejor quedamos los tres y hacemos un poco de yoga juntos.

—¿Ella es tu amiga, la de yoga? —cuestionó él confuso por la reacción de su mujer, había esperado gritos, reproches... incluso insultos, pero no risas y comprensión. Estaba totalmente descolocado.

Había oído hablar de Naia alguna que otra vez, pero nunca la vio, ni siquiera recordaba su nombre o a lo mejor Nora jamás se lo había dicho.

—La misma, se empeñó en salvar nuestro matrimonio y lo consiguió.

Juan miró alternativamente a los dos mujeres y al fin lo entendió, dando gracias internamente por la intervención de Naia; había llegado a sus vidas en el peor momento, podía haberlos destruido y, sin embargo, no lo hizo, empeñada en hacerlos reaccionar. Estaría en deuda con ella durante toda la vida.

Sacó las llaves y abrió la puerta del portal, en su casa tenía un problema aún por resolver. Una situación que le ponía especialmente nervioso, no sabía cómo se iban a comportar su madre y su hermana y debía estar alerta para frenarlas si empezaban con sus indirectas, no quería que nada molestase a Nora.

La cara de «la señora» y su hija fue un poema durante toda la noche, miraban al matrimonio sin entender por qué estaban tan unidos. Observaban con atención a Naia, que parecía a gusto a pesar de que aquel no era su lugar. Respondían a sus provocaciones sin molestarse demasiado; no, aquel no era el ambiente que habían esperado encontrarse.

—Alma —la llamó su abuela cuando estaban recogiendo los platos para llevarlos a la cocina—, ayúdame.

La joven no protestó, en el fondo le tenía cierto miedo cuando estaba tan seria, y llevaba así toda la noche; cogió un par de fuentes rebosantes de comida y siguió a Sara por el pasillo.

—¿Qué les pasa? —preguntó «la señora» con fingida dulzura mientras

hervía de ira, nada de lo que habían hecho hasta el momento había salido bien.

—Se quieren —contestó con parquedad—, ya era hora de que se dieran cuenta.

Dejó lo que llevaba y se marchó de la cocina, dejándola rabiando por su respuesta. Tenía que hacer algo, se merecía recuperar a su hijo...

¡Ella era la que lo había sacado adelante...!

¡Ella era la que necesitaba su compañía...!

Era suyo y volvería a serlo, aunque para ello tuviera que hacer algo aún más drástico.

Era el momento de actuar.

25 de diciembre de 2016

Nora miró al blanco techo de su habitación tumbada bajo el edredón de plumas, disfrutando del silencio que los envolvía mientras entrelazaba los dedos con los de Juan. Era realmente placentero volver a estar juntos, como si hubiesen vuelto a empezar, más sabios, pero con el mismo amor que al principio.

Justo cuando Juan iba a darle un beso y quizás empezar algún que otro juego, el estridente sonido del timbre los sorprendió. Nora arrugó la nariz, eran las siete de la mañana del día de Navidad. En la cocina se amontonaba tanta comida que podrían invitar a todo el edificio y aún sobraría para el día siguiente, pero «la señora» estaba de nuevo allí, para volver con su ritual engorda cerdos que tanto le gustaba.

Resopló mientras salía de la cama y se ponía la bata gris sobre el pijama. Sin ponerse las zapatillas caminó por el pasillo y abrió la puerta del portal sin preguntar quién era, era innecesario hacerlo.

—Tenemos que hablar —soltó Naia en cuanto salió del ascensor y vio a su amiga delante de ella.

—¿Qué haces aquí a estas horas? —preguntó Nora molesta, apartándose del vano de la puerta para que pudiera entrar.

—Llama a Juan, ayer escuché algo y no sé ni qué pensar —contestó con precipitación. Apenas había dormido, no sabía qué hacer y ni siquiera si era cierto lo que pensaba, pero no podría perdonarse si pasara algo con...

—Pensé que era mi madre —dijo Juan llegando hasta ellas, antes de que Nora fuera a buscarle.

El matrimonio observó a su amiga. No, jamás la habían visto en ese estado de nervios, así que la invitaron a pasar a la destartada cocina y la hicieron sentar a la mesa mientras Juan se ocupaba de preparar café para los tres.

—¿Qué te pasa? —preguntó Nora realmente preocupada por ella.

—Anoche, cuando salimos de aquí después de la cena, yo me quedé un poco rezagada para mandar un par de mensajes y... las oí hablar. Es algo extraño, no le di importancia en el momento; pero apenas he podido dormir en toda la noche... analizando... Es por ello. Debí darme cuenta antes, espero que no sea demasiado tarde, tenemos que...

—Cariño, como no te expliques mejor, no creo que podamos entenderte — señaló Nora, poniendo una mano sobre la suya.

—Tu suegra y Leire discutían, y la primera dijo que era la única manera de separaros, que se tenían que deshacer de él, que lo harían hoy antes de venir aquí. Le he dado tantas vueltas al tema y siempre llego a la misma conclusión, os va a parecer una locura, pero... —hizo una pausa, tomó aire y se arriesgó — ¿Dónde podrían tener a Diego?

Aquella pregunta se quedó suspendida en el aire entre ellos, rebotando en las paredes y colándose en aquel hueco vacío que el matrimonio tenía en sus corazones. Juan comenzó a farfullar palabras inconexas y Nora miró a su amiga, que había enloquecido. «La señora» era un mal bicho, pero dudaba que pudiera hacer daño a su hijo y mucho menos a su nieto, lo adoraba o al menos eso parecía desde fuera.

—Párate por un segundo, Nora, recuerda aquel día. ¿Sara ya estaba con vosotros?

—No sé qué tratas de hacer, pero...

—Juan, ¿lo recuerdas? —cuestionó, desviando su atención hacia el hombre que la miraba asustado.

—Sí —contestó al fin, incapaz de creer que su madre le hubiese hecho pasar por ese calvario solo para hacer que se divorciase de Nora, no podía ser tan cruel. ¿O sí, y solo trataba de justificarla?

—¿Estaba con vosotros? —insistió Naia de nuevo, tratando de estar tranquila, sin conseguirlo.

—No, ese año no vino hasta que la llamamos para contarle lo que había

pasado con Diego; pero ella no conduce, es imposible que...

—Leire sí —susurró Nora, tratando de reaccionar, sin éxito.

—¿Cuánto tiempo hace que no vais a su casa? ¿Cuántas veces me has comentado que te resultaba extraño que ya no os invitara al pueblo en verano? Tú misma lo dijiste, antes de desaparecer Diego cada verano pasabais allí uno de los meses y si no vosotros, los niños; y de repente...

—Dejó de invitarnos —dijo Alma desde la puerta de la cocina, haciendo que los tres se volvieran hacia ella—. Una de las cosas que más he echado de menos era ir al pueblo, pero Naia tiene razón, el año pasado se lo pedí, casi se lo rogué y me dijo que no, que le costaba mucho tenerme allí sin Diego.

—¿Al pueblo? —interrogó Nora hiperventilando, estaba tan centrada en ella, en su dolor, que no se había fijado en los pequeños cambios de la gente de su alrededor.

Uno de esos cambios había sido aquel, ninguno de los tres volvieron a la antigua casa del pueblo en la que «la señora» pasaba todo el verano, antes era casi una obligación, tanto insistía que nunca lograban librarse de aquello.

—No puede ser —señaló Nora mirando a Juan, que era incapaz de pronunciar palabra alguna—. ¿O sí?

El silencio era su respuesta porque no quería que fuese cierto, pero eso explicaría por qué jamás la vio llorar por la pérdida de su nieto; por qué insistía en que un día podía aparecer; por qué trataba de hacerle ver lo mala madre que era Nora... para que él la abandonase.

Naia les dio tiempo, mirando el reloj con impaciencia, no sabía cuánta ventaja tenían o, si por el contrario, ellas ya habían salido hacia el pueblo. Pero... ¿y si se equivocaban?

—Debemos ir —dijo Alma con decisión—, y tenemos que salir ya. No sé si será verdad, papá, pero no podemos quedarnos con esa duda. Si la abuela ha sido capaz de...

—Estamos enloqueciendo, tu madre no es santo de mi devoción, pero dudo que sea una secuestradora de niños; mucho menos de su propio nieto.

—Vístete, Nora, nos vamos —ordenó Juan con firmeza.

Por alguna extraña razón que no podía explicar, todo tenía sentido y debía averiguar si era cierto, se lo debía a Diego. Si no era así, pediría perdón, pero si lo era... No sabría cómo afrontar esta tremenda traición de una de las personas en las que siempre había confiado.

Condujo hasta allí con más rapidez de la permitida, acompañado de su familia y con Naia en el asiento del copiloto. Tardaron menos de una hora en llegar a aquel lugar que tanto conocían y que hoy parecía muerto, durante el invierno vivía poca gente en el pueblo de sus abuelos, pero en el verano resurgía.

Aparcó dos calles antes de llegar a la gran casa, le dio la mano a Nora y recorrieron el resto del camino a pie. Frente a la puerta estaba el coche de Leire, todos se detuvieron al verlo, reteniendo el aire en los pulmones. No había ningún motivo coherente para que estuvieran allí.

—¿Por qué están aquí? —preguntó Juan a su mujer, que comenzó a temblar —. Alma, no quiero que tú entres ahí, quédate con Naia y...

—Voy a ir llamando a la policía —apuntó ella.

Juan asintió y avanzó hacia allí con sus llaves en la mano, dando gracias porque Nora se hubiese puesto aquellos zapatos planos que no hacían ruido. Abrieron la puerta con cuidado y, por suerte, no chirrió al hacerlo, se quedaron parados y oyeron voces en la cocina.

—Mamá, piénsalo mejor, es una locura, innecesario, no puedes...

—No hay nada que pensar, no vayas a arrepentirte ahora, estás conmigo en esto, no lo olvides.

—Una cosa es secuestrarlo, pero esto...

Juan soltó a Nora, enfurecido, y corrió hasta la cocina, de donde salían las voces. La escena que se encontró era dantesca: su hijo yacía en el suelo de aquella fría estancia mientras su madre y su hermana pensaban en cómo rematarlo.

Entró como una exhalación, sorprendiéndolas, y rugió varios insultos hacia ellas que lo observaban enmudecidas; jamás hubiesen imaginado que él se enteraría de aquello, todo estaba tan bien organizado: Diego pensaba que sus padres y hermana habían muerto en un accidente de coche; Nora y Juan le daban por perdido y ellas... Ellas habían manejado los hilos con la intención de que el matrimonio se destruyera y así poder manipular a Juan a su antojo, pero todo se había descubierto.

—¡¡¡Nora!!! —llamó él mientras trataba de asimilar lo que veían sus ojos.

Sobre la mesa de la cocina un bote de somníferos, un vaso de agua y una cuerda tosca. En la cara de Leire la culpabilidad más absoluta, y en la de su madre: ¿indiferencia?, ¿asco?, ¿resignación?... No, aquella no era su madre, sino un monstruo capaz de herirles solo por conseguir sus deseos.

—¿Cómo has podido? —preguntó con desdén hacia ella: la señora. La misma que le dio la vida y se la había robado durante tres angustiosos años.

—Tú eres mío —señaló, mirando con odio a Nora que se arrodillaba junto a su inconsciente nieto, llorando. Era débil, un engendro que llegó para robarle lo que más quería, que la rechazó y la llevó a actuar de aquella forma, la culpa era de ella—. Ha sido fácil, el pueblo entero creyó vuestra muerte y yo simplemente me dediqué a criarle, lo he hecho tan bien como lo hice contigo.

—Hasta que dejó de serte útil. ¡¡¿Pensabas matar a mi hijo?!! —Acusó él perdiendo los papeles, jamás volverían a pisar aquel lugar infectado de víboras.

—Solo me importas tú, hijo malagradecido, quería recuperarte, apartarte de las garras de esa maldita perra que llegó para destruirlo todo, que te convirtió en un pelele a sus órdenes... sabía que si Diego aparecía muerto vuestro matrimonio se rompería y tú volverías a mí.

—Estás completamente loca —señaló Juan aborreciéndola.

—Debiste hacerme caso cuando te pedí que no siguieras con tu deseo de casarte. Llevo años soportando esto, llevo tanto tiempo aguantando que vi la

oportunidad y la cogí. ¡¿Puedes juzgarme por ello?!

—De eso se encargará el juez, desde hoy estás muerta para mí, al igual que tú —dijo mirando a su hermana, las odiaba tanto que le era difícil contener las ganas de golpearlas hasta borrar aquellas miradas cargadas de injustas razones —. No quiero volver a veros.

—Eres un ingrato, un malnacido, un...

—Lo he aprendido de la mejor, madre.

Antes de que pudieran continuar insultándose, la policía irrumpió en la casa, llenándolo todo de uniformes y ocupándose de la situación. Justo a tiempo, pensó Juan, que estaba a un paso de caer en sus provocaciones y hacer algo más radical, pero no merecía la pena, eran la peor escoria del mundo.

Un año después...

Nora observaba a su familia en torno a una mesa austera, pero no por ello menos deliciosa. Diego y Alma reían mientras Juan y Naia hablaban del negocio que quería montar la segunda, y ella... Ella aún no salía del aturdimiento que le producían aquellos días de fiesta, en los que sin querer volvía a revivir el momento en el que su hijo regresó a su vida, un veinticinco de diciembre, devolviéndoles la alegría, alejando a las brujas de una vez por todas. Trayendo paz y un amor que no se había diluido en los meses posteriores.

Fue difícil para todos adaptarse de nuevo, comprender y aceptar el mal que habían vivido. Rescatar las relaciones familiares, acudir a un juicio en el que se destapó todo el odio que «la señora» tenía hacia Nora y, por tanto, hacia sus hijos.

Habían estado tantas veces a su cuidado que solo de pensarlo Nora se estremecía, pero por suerte, no tenía nada que lamentar, estaban juntos, felices y en paz. La vida era maravillosa por fin y, aunque el futuro era incierto, el presente merecía la pena vivirlo con intensidad.

Bea Melworren es el pseudónimo que adquirí para moverme en el mundo de la literatura. Nací en Santander hace treinta y tres años. Desde pequeña soñé con publicar mis historias.

Hoy en día encuentras todas ellas en Amazon: puedes elegir novela romántica contemporánea con *Cuando consigas...*, *hablarme* y su relato corto: *María, la perdición de Nathan Bowen*. O cambiar de registro y leer mi bilogía *La maldición de los Gordon*, una historia llena de magia, traición, dolor y elementos diferentes.

Más detalles e información a través de mi página de autora en Facebook.com/Bea-Melworren y también por twitter @BeaMelworren.

Página de autora: <https://relinks.me/BeaMelworren>